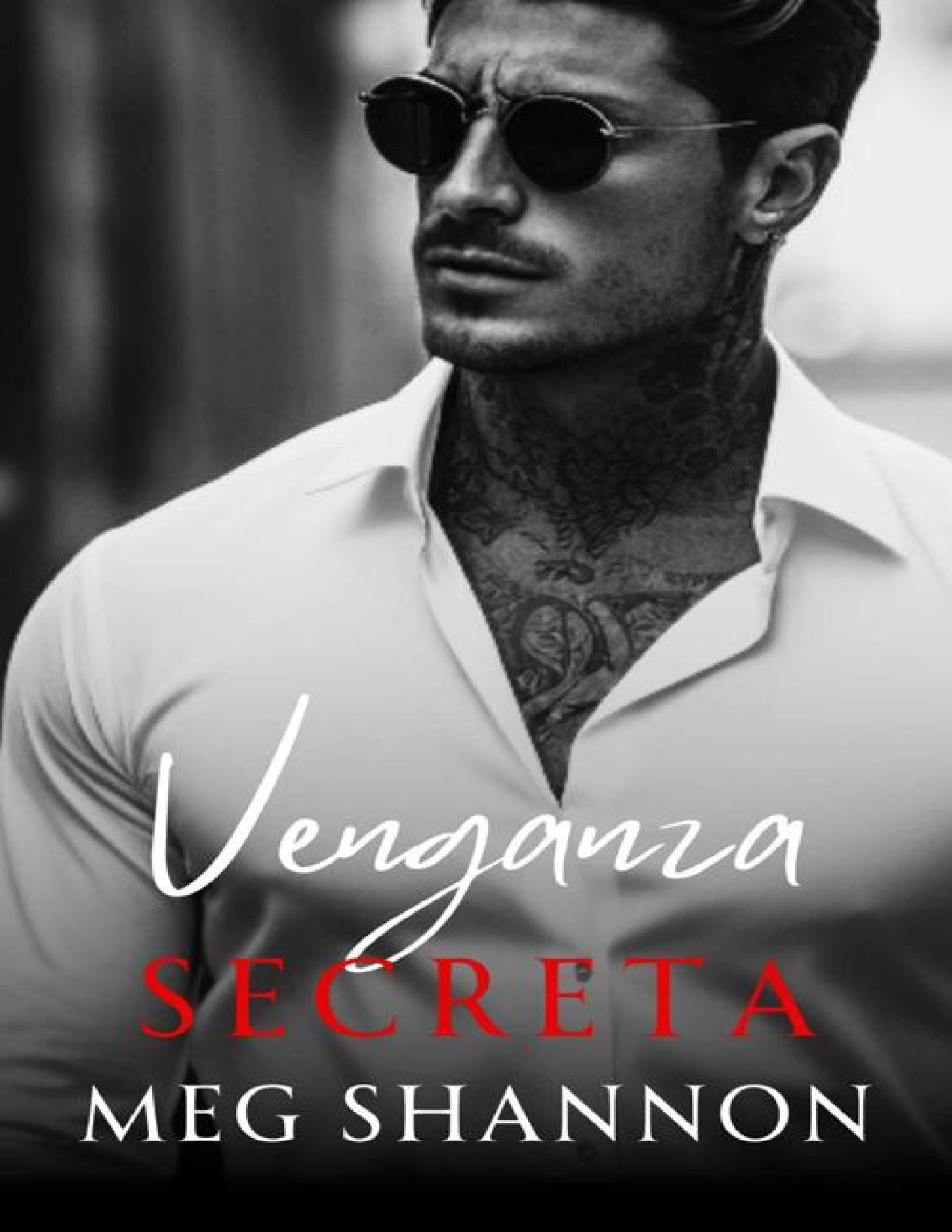

Venganza
SECRETA
MEG SHANNON

Venganza Secreta

Mafia Romano de NY

Libro 2

Meg Shannon

Copyright 2023 por Meg Shannon

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada, transmitida o distribuida en ninguna forma impresa o electrónica por ningún medio, incluyendo fotocopiado, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito, excepto en el caso de citas breves incluidas en reseñas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o eventos reales es pura coincidencia.

Para todos aquellos que han triunfado sobre sus circunstancias.

Table of Contents

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Sobre este libro

Cuando Liliana es secuestrada y golpeada por una familia mafiosa rival, Nicholas hará lo que sea necesario para rescatar a su esposa y vengarse. Ayudando en su audaz escape está Jocelyn, una mujer cautiva a quien Nicholas promete liberar junto con su hija. Pero la misión de salvarlas se complica cuando el detective Samuel Turner revela que hay un topo en el departamento de policía trabajando para la nefasta familia Bianchi.

Mientras Nicholas y Liliana luchan por proteger su imperio familiar, descubren secretos que les hacen cuestionar en quién pueden confiar. Surgen verdades largo tiempo enterradas sobre la sospechosa muerte de la propia madre de Liliana, obligándola a investigar la posible implicación de su propia familia. El peligro se intensifica cuando Sophia, la mejor amiga de Liliana, llega con una advertencia urgente sobre su exnovio policía, quien podría estar manipulándola para obtener información.

Con traiciones a cada paso, Nicholas y Liliana deben confiar en su ingenio, fuerza y lealtad mutua mientras libran una guerra contra mafias rivales. A medida que se sumergen más profundamente en el mundo del crimen organizado, aprenden que a veces la confianza puede ser más letal que una bala.

Secret Revenge es un romance oscuro de mafia con matrimonio arreglado. Es el libro 2 de la serie NY Romano Mafia y no es una historia independiente. La historia comienza con Secret Betrayal y termina con Secret Passion.

Capítulo 1

Liliana

Desperté sobresaltada, sintiendo la fría humedad del suelo del sótano filtrarse a través de mi ropa delgada. Me dolía la cabeza y tenía náuseas. ¿Me habría dado Bianchi una conmoción cerebral?

—Ayúdenme —susurré, sintiendo la desesperación trepar por mi garganta. Estaba atada en un sótano, capturada por Francesca, y el dolor en mi cabeza era resultado de la paliza que me dio Antonio Bianchi. Nicholas nunca le perdonaría la vida una vez que se enterara de que Bianchi me había golpeado.

El sótano era una fortaleza, sus paredes revestidas de grueso concreto que parecía atrapar todo el frío. Una sola bombilla tenue colgaba precariamente del techo, proyectando sombras espeluznantes por toda la habitación. El aire se sentía viciado y olía a moho; como si cada respiración que tomaba estuviera saturada de desesperación.

Gruesos barrotes de hierro bloqueaban la pequeña ventana en lo alto de la pared y la única puerta conducía arriba, a la parte principal de la casa. El espacio se sentía claustrofóbico, asfixiante; casi podía sentir el peso de la casa sobre mí, aislándome del mundo exterior.

—Nicholas... —su nombre salió como un sollozo, y parpadeé para contener las lágrimas —. Te necesito.

Me volví agudamente consciente del sonido distante del agua goteando, haciendo eco a través del cavernoso espacio como un metrónomo que contaba los segundos de mi cautiverio. Seguía atada a una silla, mis brazos entumecidos y amarrados detrás de mí a la silla.

Lentamente, comencé a hacer un inventario de mi cuerpo, probando cada músculo en busca de signos de lesión o debilidad. Mientras lo hacía, pude sentir cómo la determinación cruda que siempre había estado en mi núcleo se reavivaba, quemando la niebla de miedo y confusión con la que había despertado. Era una Romano, y una Ricci antes de eso. No había forma de que me quebrara bajo presión.

Tenía que encontrar una salida, no solo por mi bien, sino por el de mi esposo. Sin duda él estaba en camino para rescatarme, pero si escapaba, podría evitar que Nicholas y sus hombres se enfrentaran a Bianchi.

—Escapar —respiré, convirtiendo la palabra en mi mantra mientras me preparaba para la lucha que me esperaba—. Escapar, sobrevivir y encontrar a Nicholas.

Moví los dedos, tratando de recuperar el flujo sanguíneo y la sensibilidad en mis brazos. El dolor insoportable disipó los últimos vestigios de niebla de mi cerebro. Me esforcé contra la cuerda en mis muñecas, abriendo las heridas ya cicatrizadas que me había hecho. La sangre rezumaba bajo las despiadadas ataduras. Cuanto más luchaba, más apretada parecía volverse la cuerda: un abrazo implacable que se negaba a soltar su agarre sobre mí.

Como si hubiera sido invocado por mis pensamientos, la puerta del sótano se abrió con un chirrido que me erizó la piel. En la tenue luz, una figura apareció en lo alto de las escaleras, su silueta envuelta en sombras. El aire a su alrededor parecía ondular con amenaza y poder, y supe que Bianchi había vuelto para atormentarme más.

—Ah, Liliana —dijo, su voz destilando un encanto venenoso—. Debo decir que estoy decepcionado. Esperaba más de ti.

¿Más? ¿Qué exactamente pensaba que estaría haciendo aquí abajo?

—¿Aún no te has saciado de golpear mujeres? —escupí, mi voz llena de desprecio—. Has caído incluso más bajo de lo que imaginé posible.

—Cuánto fuego —reflexionó, descendiendo las escaleras con la gracia medida de un depredador acechando a su presa—. Pero entonces, esa siempre ha sido una de tus cualidades más... atractivas, ¿no es así?

—Ahórrate el aliento, Antonio —advertí, mis ojos ardiendo de desafío—. No obtendrás nada de mí.

—¿Eso crees? —Su risa era gélida, desprovista de calidez o humor—. Bueno, ya veremos, ¿no? Después de todo, tengo el tiempo de mi lado. Y he esperado demasiado para no disfrutar ahora.

—Nicholas me encontrará —juré, la certeza en mis palabras inquebrantable—. Y cuando lo haga, no habrá lugar donde puedas esconderte.

—Ah, sí —dijo, su voz poco más que un susurro siniestro mientras se acercaba—. El siempre leal Nicholas Romano. Pero dime, querida... ¿crees que podrá salvarte antes de que Frankie haga lo que quiera contigo?

Mierda. Bianchi me había ofrecido a su hijo en mi recepción de boda, pero nunca lo había tomado en serio. Nicholas sí, y tenía razón. —Nicholas debería estar aquí en cualquier momento —dije.

—¿En serio? ¿Y dónde exactamente es "aquí"? No estás en mi casa, estás en un lugar donde él jamás pensaría buscarte.

Bianchi me tocó la mejilla y me estremecí, sin saber si planeaba golpearme o no.

—Eso va a ser un moretón impresionante. Cuando Nicholas finalmente te vea de nuevo, sabrá exactamente lo que te hemos hecho, y estará indefenso para hacer algo al respecto.

—Adelante —lo desafié, con voz firme a pesar del miedo que corría por mis venas—. Subestímalo bajo tu propio riesgo.

—Por supuesto —respondió, con una lenta sonrisa extendiéndose por su rostro—. Pero, ¿te querrá una vez que Frankie haya terminado contigo?

—Mi esposo me ama —dije con toda la rebeldía que pude reunir. Pero pensé que quizás me miraría diferente si Frankie hacía algo más que golpearme.

—Y nunca, jamás dejaré que Frankie me toque —gruñí, mi rabia consumiéndome como un incendio—. Moriré antes de ceder ante tu horrible hijo.

—Muy bien —dijo, con un tono mortalmente calmado—. Veamos si eres tan resuelta como afirmas ser.

El aire frío rozó mi piel mientras me rodeaba como un depredador, sus pasos haciendo eco en las húmedas paredes del sótano. Podía sentir sus ojos sobre mí, recorriendo cada centímetro de mi cuerpo, escrutando mi forma atada.

—Eres una cosa tan hermosa, Liliana. Es casi una lástima estropear ese lindo rostro tuyo. —Su voz era suave como la seda, impregnada de malicia.

—Aléjate de mí —escupí, el desafío en mi voz traicionando el miedo que amenazaba con tragarme por completo. No estaba segura de poder resistir si Nicholas no sabía dónde estaba.

—Tanto fuego en tus palabras. Pero me pregunto, ¿cuánto durará ese espíritu? —Rio oscuramente—. Verás, tengo un talento para romper a las personas, y estoy bastante ansioso por poner a prueba tus límites.

—Vete al infierno —dije entre dientes, tensándome al sentir sus dedos en la parte posterior de mi cuello.

—Dime, querida Liliana, ¿a qué le temes más? ¿Es al dolor? ¿A la pérdida de control? ¿O al pensamiento de que tus seres queridos sufran por tu culpa? —La naturaleza insidiosa de sus preguntas me hizo estremecer, mi corazón latía con fuerza mientras trataba de mantener la compostura.

—Sea lo que sea que estés planeando, no tendrás éxito. Mi esposo me encontrará, y cuando lo haga, no quedará ningún lugar donde puedas esconderte.

—Tu fe en él es conmovedora, de verdad. Pero mal depositada, te lo aseguro. —Dio un paso atrás, con una sonrisa cruel jugando en sus labios.

Me preparé para el golpe que sabía que vendría, pero nada podría haberme preparado para el dolor abrasador que me atravesó cuando su puño aterrizó en mi costado. Contuve un grito, negándome a darle la satisfacción de escuchar mi agonía. Continuó su embestida, cada golpe un testimonio de su naturaleza sádica.

—¿Duele, Liliana? ¿Sientes que tu determinación se desvanece ya? —Su voz era burlona, una cruel parodia de empatía.

—Nunca —logré decir con dificultad, mi voz apenas audible a través del dolor—. Nunca me romperás, Bianchi.

—Tanta determinación. Pero ya veremos cuánto dura. —Hizo una pausa, estudiándome con una mirada calculadora—. Me pregunto, ¿seguirías siendo tan desafiante si fuera tu esposo quien sufriera en tu lugar?

—Déjalo fuera de esto —grité, mi voz quebrándose bajo el peso de mi desesperación.

—Ah, ahí está. El punto débil en tu armadura. —Su sonrisa se ensanchó, sus ojos brillando con deleite sádico.

—Por favor... no le hagas daño —supliqué, incapaz de evitar que el miedo se colara en mi voz.

—Desafortunadamente para ti, Liliana, nuestro pequeño juego apenas ha comenzado. Frankie —la voz de Bianchi resonó, su tono cargado de autoridad.

Las escaleras crujieron bajo el peso de Frankie mientras se unía a su padre. —¿Sí, papá?

—Ocúpate de nuestra invitada. Volveré pronto.

Frankie me sonrió cuando su padre nos dejó. —Lamento que haya tenido que llegar a esto. Tal vez si tu padre me hubiera dejado salir contigo alguna vez, podría haber sido nuestra boda y nada de esto —hizo un gesto alrededor de la habitación— sería necesario.

—Si quieres vivir, mantén tus manos lejos de mí —escupí.

Su sonrisa se volvió amenazante.

—Solo un adelanto por ahora.

Aplastó su boca contra la mía e introdujo su lengua entre mis labios apretados. Intenté apartarme, pero me sujetó la cabeza y la mantuvo quieta mientras su otra mano me estrujaba el pecho. Le mordí la lengua, pero no lo suficientemente fuerte como para hacerle sangrar porque ya estaba lo suficientemente horrorizada de tener su saliva en mi boca

Se apartó de mí y me golpeó la mandíbula con tanta fuerza que la silla de madera en la que estaba sentada cayó hacia atrás. Mi cabeza golpeó el suelo de cemento y ya no pude contener las lágrimas.

Lágrimas silenciosas corrían por mi rostro mientras luchaba por ver dónde estaba Frankie. Se cernió sobre mí y me escupió en la cara.

—Perra —gruñó mientras ponía un pie sobre mi cuello—. No es nada para mí matarte

ahora mismo.

Presionó mi cuello y estaba segura de que no se detendría. Lo miré fijamente, tratando de suplicar por mi vida, pero no podía hablar.

Cuando la puerta se abrió de golpe, quitó su pie y jadeé en busca de aire.

—Eh, Frankie —llamó un hombre—. Jocelyn te ha preparado el almuerzo. Te está esperando arriba.

Se volvió hacia mí.

—Me ocuparé de ti más tarde.

Una vez que Frankie subió, el otro hombre bajó para verificar cómo estaba. Soltó un suspiro exasperado.

—Esto probablemente dolerá —advirtió mientras enderezaba mi silla.

El movimiento repentino hizo que mi estómago se revolviera y giré la cabeza. El vómito salpicó el suelo y golpeó los zapatos de mi captor.

—¡Jesucristo! —gritó.

—Lo siento —murmuré—. No pude evitarlo.

No dijo nada, pero me miró fijamente.

—¿No le molesta? —me aventuré, buscando algún rastro de humanidad detrás de sus ojos de acero—. ¿Todo el dolor que inflige, las vidas que arruina?

—Es solo un negocio, signora. —Su mirada nunca vaciló, desprovista de emoción—. Si no fuéramos nosotros, alguien más lo estaría haciendo.

Bianchi volvió a bajar.

—Suficiente charla, Luca —dijo, con su impaciencia palpable—. Ya has tenido tu agua y unos minutos a solas con Frankie, Liliana. ¿Estás lista para cooperar?

—Nunca —repetí, el fuego en mis ojos igualando la intensidad de mis palabras. Pero ni siquiera sabía qué quería de mí.

Sus labios se curvaron en una sonrisa siniestra mientras le hacía un gesto a Luca.

—Es toda tuya. Veamos qué puedes hacer con ella.

—Por favor —supliqué, la desesperación filtrándose a través de mi fachada cuidadosamente construida—. No haga esto.

—Lo siento, signora —respondió Luca, su voz desprovista de emoción—. Las órdenes son órdenes.

Cuando cayó el primer golpe, cerré los ojos y me retiré dentro de mí misma, recurriendo a cada onza de fuerza que poseía. No me quebraría. No cedería.

—Una cosa tan bonita para desperdiciarse en un lugar como este —reflexionó Luca, rodeándome como un depredador acechando a su presa—. Pero las órdenes son órdenes.

—Recuerde este momento, Luca —advertí, mi voz cargada de furia y determinación—. Cuando todo termine, deseará haberme mostrado misericordia.

—Las amenazas vacías no te salvarán, Liliana —respondió fríamente—. Pero por favor, sigue intentándolo.

—Vete al infierno.

—Quizás lo haga. Pero no antes que tú.

Con esas inquietantes palabras, Luca y Bianchi me dejaron sola en la oscuridad. El peso de mi cautiverio me agobiaba, amenazando con aplastar mi espíritu y extinguir el último destello de esperanza que me había mantenido en pie.

Pero me negué a dejar que sucediera. No importaba cuánto dolor me infligiera Antonio Bianchi, no importaba cuánto tiempo pasara temblando en esta prisión, no dejaría que me

quebrara.

Mientras los minutos se convertían en horas, me aferré a la creencia de que de alguna manera, contra todo pronóstico, el escape era posible. Y cuando finalmente saliera de aquí, juré hacer que Antonio Bianchi pagara por cada momento de sufrimiento que había causado.

Por ahora, sin embargo, me senté en la oscuridad, mi corazón latiendo al ritmo del goteo constante de agua desde el techo. Sabía que mi batalla estaba lejos de terminar, pero no tenía otra opción que reunir las pocas fuerzas que me quedaban y prepararme para el próximo capítulo desgarrador en mi lucha por la supervivencia.

Capítulo 2

Liliana

El frío húmedo del sótano me oprimía, acompañado de un olor a moho que se aferraba a mis fosas nasales. Las cuerdas alrededor de mis muñecas se habían aflojado, y el respaldo de la silla de madera a la que estaba atada se había agrietado cuando Frankie me tiró al suelo. Los crujidos y gemidos de la vieja casa sobre mí proporcionaban una banda sonora amenazante a mi desesperada situación.

Si Nicholas realmente no sabía dónde estaba, necesitaba salvarme a mí misma.

Ahora que mis brazos estaban libres del confinamiento de la silla, me estiré para deslizar una muñeca fuera del abrazo asfixiante de la cuerda. Las ásperas fibras rasparon mi piel, pero me mordí el labio para sofocar el dolor. Tan pronto como me liberé, desaté apresuradamente la otra muñeca y masajeé mis extremidades, estimulando el flujo sanguíneo para que volviera a mis brazos y piernas entumecidos. No tenía idea de cuánto tiempo había estado allí abajo. Podía ver luz a través de la pequeña ventana, así que pensé que había estado ausente al menos un día.

Mientras trabajaba para recuperar la sensibilidad en mis dedos, los pensamientos sobre Nicholas llenaron mi mente. Siempre había sido ferozmente protector conmigo, y sabía que me estaría buscando sin descanso. Pero no podía confiar solo en él; tenía que luchar por mi propia supervivencia.

Una vez que la sangre comenzó a fluir de nuevo, consideré ponerme de pie, pero rápidamente descarté la idea. Si me caía, el ruido seguramente alertaría a mis captores sobre mi recién descubierta movilidad. En su lugar, permanecí sentada y me tomé otro minuto para calentar mis músculos.

—Paciencia —me recordé a mí misma—. Habrá una salida. Solo tengo que encontrarla.

—Debo ser cautelosa —susurré para mí una vez que estuve lista para moverme. Me arrastré escaleras arriba, manteniéndome cerca del borde en un intento de evitar cualquier punto que crujiera. Mi corazón latía implacablemente contra mi pecho, su ritmo un recordatorio del peligro que acechaba justo más allá de la puerta frente a mí.

Me detuve por un momento y presioné mi ojo contra el ojo de la cerradura, mirando hacia la cocina tenuemente iluminada. Varios hombres estaban reunidos alrededor de la mesa, riendo y jugando a las cartas. Un escalofrío recorrió mi espalda cuando reconocí la mirada fría y calculadora de Antonio Bianchi, sus afilados ojos grises inspeccionando la habitación con determinación despiadada.

Maldita sea. Las probabilidades parecían insuperables, y sin embargo, tenía que encontrar una salida. Tragando saliva con dificultad, retrocedí escaleras abajo, mi mente corriendo con posibilidades.

—Piensa, Liliana, piensa —me insté mientras caminaba por el perímetro del sótano. Mis ojos recorrieron el espacio tenuemente iluminado, observando los diversos objetos almacenados allí: bicicletas oxidadas apoyadas contra una pared, sus marcos retorcidos y rotos; una lavadora y una secadora sin usar, sus superficies cubiertas por una capa de polvo; un banco de herramientas

desordenado con un surtido de implementos oxidados en la esquina.

—Nada más que basura inútil —suspiré, frustrada por la falta de algo que pudiera ayudar en mi escape.

El tiempo se agotaba. Estaba segura de que alguien bajaría pronto para revisarme, burlarse de mí o simplemente golpearme un poco por diversión.

Un destello de metal captó mi atención, y me acerqué al banco de herramientas con cauta esperanza. Mis dedos se cerraron alrededor del mango de madera de un martillo, su peso reconfortante en mi agarre. Con esta nueva arma en mano, seguí adelante, buscando cualquier señal de escape.

Fruncí el ceño al descubrir un trozo de tela enmohecido colgando en la pared del fondo del sótano. Su presencia era extraña, fuera de lugar en este sótano mohoso. Con la curiosidad despertada, usé el extremo de la garra del martillo para moverlo de la pared, revelando un túnel oculto que me hizo estremecer.

—¿Podría ser esta mi salida? —me pregunté, con el corazón acelerado mientras me arrastraba por el túnel. Se inclinaba hacia arriba, ofreciendo una promesa de libertad que buscaba desesperadamente. La tierra estaba húmeda y se me pegaba, pero no me importaba. Al llegar al final, mis esperanzas se desvanecieron al ver los barrotes de hierro que bloqueaban mi salida. Intenté empujarlos para abrirlos, pero estaban asegurados desde el exterior.

—¡Maldita sea! —siseé entre dientes, con la frustración burbujeando bajo la superficie. Regresé al sótano derrotada, tratando de sacudirme la tierra que se aferraba a mi ropa, rezando para que nadie notara mi intento fallido de escape.

Me arrastré de vuelta a mi prisión, esperando que nadie hubiera notado mi ausencia. Apenas tuve tiempo de sentarme en la silla de madera rota antes de que una mujer bajara las escaleras, llevando una bandeja.

—Te he traído algo de comer —la voz de una mujer me sobresaltó, sus manos gentiles me entregaron la bandeja que contenía un sándwich y una botella de agua. Sus ojos mostraban una mezcla de lástima y comprensión, y se disculpó por el trato cruel que había soportado—. Sé lo despiadados que pueden ser estos hombres.

—¿Quién eres? —pregunté, cautelosa pero agradecida por su amabilidad.

—Jocelyn —respondió suavemente—. Soy la esposa de Luca.

—Luca... sí, lo conocí —sentí lástima por la mujer que parecía tan atrapada en este mundo como yo.

—Gracias —dije, dando un mordisco al sándwich que me había traído. Sabía a gloria después de mi calvario, pero el sabor de la libertad aún se me escapaba.

Dando otro pequeño y vacilante mordisco al sándwich, saboreé el gusto del jamón salado y la lechuga crujiente, olvidando momentáneamente los horrores de mi cautiverio. Mientras masticaba, estudié el rostro triste de Jocelyn, tratando de entender su lugar en este mundo retorcido.

—Jocelyn —comencé, tragando la comida—. ¿Por qué no huyes de todo esto? Podrías ser libre.

Sus ojos brillaron con dolor, y dudó antes de responder.

—Tengo una hija, Abby. La tienen retenida al lado. Solo me dejan verla cuando sigo sus reglas.

La mención de su hija tocó una fibra sensible en mí, y el feroz instinto protector que siempre había sido parte de mi naturaleza se avivó. No podía abandonarla, ni a su hija inocente, a este infierno en vida.

—Jocelyn —dije con firmeza, mirándola a los ojos—. Cuando salga de aquí, te prometo que enviaré ayuda para ti y Abby. Ya no tendrán que vivir así.

Una lágrima se deslizó por su mejilla, y asintió, su voz apenas audible mientras susurraba:

—Gracias.

Mientras continuaba comiendo, mi mente daba vueltas con planes y estrategias para escapar de este lugar miserable, cada uno más atrevido y peligroso que el anterior. Pero sin importar cuán imposibles parecieran, estaba decidida a encontrar una salida, no solo para mí, sino también para Jocelyn y Abby.

Porque yo era Liliana Romano, y no me quebrarían.

—¡Jocelyn! —la voz de Luca retumbó escaleras abajo, haciéndonos saltar a ambas—. ¡Sube aquí y deja de charlar con la prisionera!

Jocelyn se estremeció ante su tono áspero, sus ojos llenándose de lágrimas contenidas.

—Lo siento —susurró, secándose rápidamente los ojos con el dorso de la mano—. Tengo que irme.

—Ten cuidado —le insté, con el corazón adolorido por esta mujer que me había mostrado amabilidad en medio de tanta oscuridad. Mientras subía apresuradamente las escaleras, escuché el eco cada vez más débil de sus pasos, una determinación sombría apoderándose de mí.

Capítulo 3

Nicholas

Mi oficina olía a whisky y desesperación. Miré fijamente los planos extendidos sobre la mesa, mi mente corriendo con posibles estrategias para rescatar a Liliana de las garras de Bianchi. Las imágenes de vigilancia parpadeaban en la pantalla a mi lado, revelando las idas y venidas de varios de los hombres de confianza de Bianchi. Riccardo había logrado colocar un rastreador en el coche del lugarteniente de Bianchi y nos había llevado a la casa donde sospechábamos que tenían retenida a mi esposa.

—Jefe, tenemos un punto de entrada claro aquí —Marco, mi fiel lugarteniente, señaló un callejón estrecho en el plano—. Y según nuestra información, este pasillo tiene poca cobertura de seguridad.

—Demasiado obvio —dije con la mandíbula tensa—. Bianchi esperaría que tomáramos esa ruta. Necesitamos algo menos predecible, más discreto.

Recorrí con el dedo las sinuosas calles del vecindario, sintiendo el peso de mi responsabilidad hacia Liliana. Asaltaría las mismas puertas del infierno para traerla de vuelta.

—¿Entonces qué tal esto? —Enzo, un nuevo miembro de mi equipo, señaló una serie de pasajes subterráneos—. Podríamos usar estos túneles para entrar sin ser detectados.

—Mucho mejor —asentí, con satisfacción en mi voz—. Pero tenemos que estar preparados para cualquier cosa. Los hombres de Bianchi no dudarán en matarnos en cuanto nos vean.

—Por supuesto, jefe —Marco miró alrededor de la habitación, posando sus ojos en cada miembro de nuestro equipo reunido—. Todos estamos dispuestos a arriesgar nuestras vidas por usted y la señora Romano.

Fruncí el ceño pero dejé pasar su falta de respeto. Nadie en esta casa la llamaba Liliana excepto yo y posiblemente el personal femenino. Era mi esposa. Mi esposa. Y los hombres necesitaban respetar eso.

—Esperemos que no llegue a eso —dije. Algunos de estos hombres podrían no regresar y lo sabían. La mayoría había asistido al funeral de Vincenzo y al de los chicos Calabrese, pero eso no les impedía estar aquí. La familia Romano mostraba lealtad a sus hombres y cualquiera que no viviera para ver el mañana se reuniría con su creador sabiendo que su familia nunca pasaría necesidades.

—Escuchad todos —alcé la voz, exigiendo atención—. Esta misión es más que una simple operación de rescate. Es personal. Estos bastardos se llevaron a mi esposa, a nuestra familia. Y esta noche, les demostraremos que nadie se mete con los Romano.

—¡Así se habla, jefe! —Enzo golpeó la mesa con el puño, su rostro enrojecido de determinación—. Traeremos a la señora Romano de vuelta sana y salva, cueste lo que cueste.

—Recordad —dije, con voz fría como el hielo—, atacamos rápido y en silencio. Los hombres de Bianchi no sabrán qué los golpeó.

—Entendido, jefe —la habitación resonó con murmullos de acuerdo.

—Descansad mientras podáis —ordené—. Nos reuniremos en el almacén a las diez.

Mientras los hombres se dispersaban, miré una vez más los planos, buscando cualquier debilidad restante en nuestro plan. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, una mezcla de temor y anticipación corría por mis venas. Esta noche, recuperaríamos lo que era nuestro o moriríamos en el intento.

El almacén se alzaba ante mí, una fortaleza de acero y hormigón que albergaba las herramientas para nuestra misión. El aire estaba cargado de tensión, mi pulso se aceleraba mientras mi mente se concentraba en la tarea que teníamos por delante.

—Todo está preparado, jefe —la voz de Riccardo era firme, su confianza inquebrantable. Asentí, dándole una palmada en el hombro.

—Buen trabajo.

Me dio un breve asentimiento y se giró, guiándome hacia el interior tenuemente iluminado. Mientras caminábamos entre las filas de cajas y contenedores, examiné cada pieza de equipo, asegurándome de que cada artículo cumpliera con mis exigentes estándares.

—Armas silenciadas —murmuré, pasando mis dedos sobre el frío metal de una pistola—. Perfectas para el sigilo.

Enzo me entregó un chaleco.

—Estos son los nuevos chalecos antibalas, ligeros pero efectivos. No nos ralentizarán.

—Excelente —mis ojos se entrecerraron mientras examinaba la selección de cuchillos, sus hojas brillando amenazadoramente en la tenue luz—. Un favorito personal.

—Sabía que lo serían.

Levanté la vista del mortal surtido, encontrándome con la mirada conocedora de Enzo. Su lealtad era incuestionable, su determinación feroz. Éramos dos caras de la misma moneda, unidos por la sangre y el propósito.

—Reunamos al equipo.

—Jefe.

—Riccardo —nuestras miradas se cruzaron, entendiendo sin necesidad de palabras—. Confío en ti con mi vida y la de Liliana.

Mientras nos dirigíamos al área de reunión, podía sentir el peso de la responsabilidad asentándose sobre mis hombros como una capa. Estos hombres eran más que soldados; eran familia. Y esta noche, los conduciría a una emboscada segura.

—¡Escuchad! —mi voz cortó el murmullo de la conversación, exigiendo atención—. Nuestro objetivo está claro: rescatar a Liliana sin alertar a Bianchi ni a sus hombres.

—El sigilo es clave —Riccardo señaló las armas silenciadas y los chalecos antibalas—. Atacamos rápido, atacamos en silencio.

—No nos vamos sin mi esposa —hice una pausa por un momento y miré a cada hombre —. Estamos rescatando a mi esposa, pero no os equivoquéis: si fuera vuestra esposa, o madre, o hermana la que estuviera retenida por Bianchi, todos estaríamos aquí, planeando exactamente el mismo rescate.

—Entendido, jefe —solemnes asentimientos confirmaron su dedicación, su lealtad inquebrantable.

—Entonces pongámonos manos a la obra.

Mientras el equipo se ocupaba de asegurar su equipo, me permití un momento de

introspección. Esta misión no solo se trataba de salvar a Liliana; se trataba de afirmar nuestra dominancia, de demostrarle a Bianchi que no podía controlarnos. Éramos los Romano, y no nos inclinaríamos ante nadie.

—¿Jefe? —la voz de Enzo me devolvió al presente, su preocupación grabada en su rostro —. Estamos listos.

Me enderecé, mi determinación fortaleciéndose dentro de mí. —Vamos a traerla a casa.

La oscuridad nos envolvió mientras penetrábamos silenciosamente en el vecindario donde retenían a Liliana. La casa parecía una típica vivienda de tres dormitorios y dos baños para principiantes, pero no lo era. La información había sido exhaustiva, pero no podía sacudirme la duda persistente que me carcomía por dentro, susurrando palabras de precaución. ¿Y si hubiéramos pasado por alto algunas de las fortificaciones y no estuviéramos preparados?

—Manténganse alerta —susurré en mi micrófono, mi voz apenas audible, pero sabía que sería lo suficientemente fuerte en los auriculares de los hombres.

Nos movimos entre las sombras, cada paso calculado y preciso. Nuestro conocimiento del diseño nos guiaba, alejándonos de las trampas que plagaban el patio. Pero incluso con nuestra preparación, no se podía negar el escalofriante agarre del miedo mientras se enroscaba alrededor de mi pecho, apretando su agarre con cada paso más cerca de Liliana.

—Guardias, más adelante —susurró Marco, su advertencia cortando la noche silenciosa como una cuchilla.

Activé mi micrófono para hablar solo con Marco. —Usa tu maldito micrófono. ¿Quieres que nos oigan llegar?

Me asomé por la esquina, evaluando la situación. Tres guardias patrullaban el área, sus pasos pesados y decididos. No habría forma de pasarlos sin ser detectados. Tendríamos que neutralizarlos, uno por uno.

—Enzo, Marco, flanqueen por la izquierda. Yo me encargaré del de la derecha.

—Entendido.

Mientras se escabullían para cumplir sus tareas, me concentré en el guardia solitario, su espalda vuelta hacia mí. Mis músculos se tensaron, listos para saltar.

—Tres... dos... uno.

En ese momento, me convertí en un instrumento de muerte, mis movimientos rápidos y letales con un solo corte en su garganta. El guardia se desplomó bajo mi agarre, su último aliento robado en un instante.

—Despejado —la voz de Enzo resonó en mi auricular, señalando su éxito.

—Bien. Sigamos avanzando.

Continuamos, nuestra presencia un susurro en el vecindario. Con suerte, ninguno de los vecinos sabría lo que ocurrió aquí esta noche. No podía sacudirme la sensación de que nos observaban, como si cada sombra ocultara un observador malévolo. Mis pensamientos corrían, consumidos por visiones del destino de Liliana si fallábamos.

—Casi llegamos —me tranquilizó Marco, su voz impregnada de determinación.

—Maldición. —Una reja cerrada se alzaba ante mí, un obstáculo inoportuno en el camino hacia Liliana. El frío metal estaba atornillado y sería demasiado ruidoso quitarlo sin alertar a los guardias restantes.

—Jefe, ¿cuál es el plan? —La voz de Riccardo estaba tensa, su preocupación palpable incluso a través del auricular.

—No podemos entrar por aquí. Tendremos que ir por la puerta —respondí.

—Mio Dio —dijo.

—No te preocupes. Tengo esto bajo control. —Mis dedos buscaron en el bolsillo de mi chaqueta las herramientas para forzar cerraduras que siempre llevaba. Una retorcida sensación de satisfacción me llenó al recuperarlas; esta habilidad se había perfeccionado para situaciones como estas.

—Manténganse alerta y vigilen nuestras espaldas —ordené a mis hombres, mi concentración desplazándose completamente a forzar la cerradura de la puerta. No podía permitirme fallar ahora.

La delicada danza entre los pines y la llave de tensión comenzó, cada movimiento preciso impulsado por el peso de mi deseo de salvar a Liliana. Los segundos pasaban, extendiéndose hasta la eternidad. Finalmente, la cerradura cedió con un suave clic, otorgándonos el paso.

—Buen trabajo, jefe. —La aprobación de Marco era evidente en su tono, pero no había tiempo para reconocerla.

—Vamos.

Continuamos nuestra infiltración, nuestros pasos medidos y cautelosos. La oscuridad que cubría nuestros movimientos parecía respirar, su toque siniestro penetrando en mi núcleo. Pero no había vuelta atrás.

—Esperen. —Mi mano se disparó, deteniendo a mi equipo. Un tenue resplandor rojo parpadeaba en la distancia: cámaras de seguridad y sensores de movimiento yacían adelante, sus ojos sin parpadear esperando para traicionar nuestra presencia. Me había preguntado por qué la puerta no tenía alarma, ahora lo sabía.

—¿Hora de hacer un poco de recableado, eh?

—Exactamente. —Marco se acercó a los dispositivos desde abajo, su experiencia en electrónica ahora crucial. Sus dedos se movían con precisión quirúrgica, reencaminando cables, cortando conexiones y dejando inútiles las cámaras y sensores.

O eso creía.

Tan pronto como pasé el sensor, las luces se encendieron y las sirenas sonaron. —Dispérsense y encuéntrenla —ordené.

Mis hombres hicieron lo que se les dijo. Los seguí pero me detuve cuando la alarma se silenció.

—Nicholas Romano —una voz gruñó desde las sombras, su cadencia escalofriante enviando escalofríos por mi columna—. ¿Por fin encontraste el camino a la guarida del león?

—Luca Carbone. —El reconocimiento ardió dentro de mí como una cerilla encendida, avivando mi furia. Uno de los lugartenientes más despiadados de Bianchi, un enemigo formidable.

—Tu esposa te está esperando en el sótano. —Sus palabras burlonas eran una hoja afilada, retorcida en mis entrañas—. ¿Por qué no vienes a buscarla? Todo lo que tienes que hacer es pasar por mí primero.

Nuestros cuerpos colisionaron con fuerza brutal, nuestros puños volando mientras nos enfrascábamos en una danza mortal. Músculo se tensaba contra músculo, el sudor goteando como sangre de nuestras frentes. Cada golpe que daba estaba alimentado por el miedo y la determinación, mi amor por Liliana impulsándome a luchar más duro, más rápido.

—Ríndete, Romano —siseó Luca, el dolor y la frustración grabados en su rostro—. No puedes ganar.

—Nunca. —La palabra fue un gruñido gutural, nacido de pura desafianza. Mi puño conectó con su mandíbula, una satisfacción salvaje recorriendo mi cuerpo mientras él tropezaba hacia atrás.

—¡Jefe! —La voz de Marco atravesó la neblina de la batalla—. ¡Tenemos compañía!

—Encárguense de ellos —mi orden fue puntuada por otro golpe aplastante en el rostro de Luca—. Yo me ocupo de esto.

—Entendido.

El sonido de disparos estalló a mi alrededor, pero mi atención permaneció fija en el hombre frente a mí, el obstáculo entre Liliana y yo. Luca se abalanzó sobre mí, la desesperación le daba fuerza, pero yo estaba impulsado por algo mucho más potente: el amor.

—¿Eso es todo lo que tienes? —Mi provocación cortó el caos, incitándolo a cometer un error. Sus ojos ardían de furia mientras cargaba contra mí una vez más.

—¡Muere, Romano!

—Nunca —mis dedos se cerraron alrededor de su garganta, exprimiendo la vida de él—. Sin —lo estrellé contra la pared, su cuerpo se desplomó bajo el impacto—. Una —una patada final envió su forma inerte al suelo—. Pelea.

—Jefe —la voz de Enzo me llegó, cargada de alivio—, la tenemos. Estamos en el sótano.

—Bien. —Miré hacia abajo a la forma inconsciente de Luca, mi victoria agridulce—. Vámonos.

Corrí escaleras abajo hacia mi esposa. Allí estaba ella, su cabello oscuro despeinado y el miedo grabado en sus delicadas facciones. Pero fue el alivio que inundó sus profundos ojos marrones al verme lo que me deshizo, atravesando la oscuridad como un faro.

—Nicholas... —Su voz estaba amortiguada, pero el reconocimiento y la esperanza en su tono devolvieron la vida a mi espíritu maltratado.

—Shh... está bien, cara mia. Estoy aquí. —Mis manos temblaban ligeramente mientras le quitaba la mordaza y comenzaba a desatarla, mis dedos rozando su suave piel—. Vamos a casa.

—Gracias a Dios que estás aquí. Pensé... pensé que nunca te volvería a ver. —Una lágrima escapó de la esquina de su ojo, dejando un rastro por su pálida mejilla.

—Siempre te encontraré, Liliana. Siempre. —Nuestras miradas se encontraron, la intensidad de nuestra emoción compartida era tangible en el aire—. Ahora, necesitamos sacarte de aquí.

—Cierto. —Su voz aún temblaba, pero su determinación brillaba—. Guía el camino, Nicholas.

—Quédate cerca de mí —dije, sintiendo el peso de su mano en la mía mientras nos aventurábamos de vuelta al primer piso de la casa. Las sombras parecían bailar a lo largo de las paredes, ansiosas por abrazarnos en su frío agarre.

Su mano temblaba en la mía, pero igualaba mi paso con silenciosa determinación.

—¿Te hicieron daño? —Mi voz era apenas audible, pero necesitaba saberlo.

—Nada que no pudiera soportar. —Sus palabras me atravesaron, alimentando un fuego que consumía la duda y el miedo.

—Quédate detrás de mí —insistí, posicionándome entre ella y el peligro que se acercaba. Nuestras respiraciones se volvieron superficiales, sincronizadas con el ritmo de nuestros corazones acelerados.

—¿Eres tú, Luca? —Una voz áspera llamó, exigiendo identificación.

—Luca no está disponible en este momento —dije, preparándome para enfrentar cualquier obstáculo que se interpusiera entre nosotros y la libertad.

—Quédate cerca. —Me paré frente a ella mientras nos pegábamos a la pared, sabiendo que mi chaleco antibalas la protegería. Los disparos resonaron y mis hombres, leales hasta el final, desataron una lluvia de balas en represalia, proporcionando una cobertura crucial para

nuestra huida.

—¡Cúbrannos! —grité a mis hombres, su respuesta fue inmediata e inquebrantable.

—Tres... dos... uno... —Mi corazón latía con fuerza, la adrenalina corría por mis venas como lava fundida mientras corríamos hacia la salida.

—¡Deténganlos! —Un grito desesperado resonó en el aire, los secuaces de Bianchi convergían en nuestra posición mientras nos acercábamos a la puerta.

—Ya casi. —Podía sentir el frío metal al alcance, la promesa de libertad justo más allá del umbral.

—Nic... —Sus palabras fueron interrumpidas por el estruendo ensordecedor de disparos, mis instintos se activaron mientras protegía su cuerpo con el mío.

—¡Ve! —La urgencia en mi voz la impulsó a actuar, propulsándonos a ambos a través de la puerta y hacia la relativa seguridad del aire libre.

Riccardo, que había estado esperando en reserva, llegó a toda velocidad a la casa y abrió la puerta del Range Rover a prueba de balas.

Nos lanzamos dentro y él arrancó.

—Retirada —ordené a mis hombres—. La tenemos.

Miré a mi esposa, magullada y ensangrentada. ¿Qué le habían hecho?

—¿Estás bien? —Mis manos recorrieron su cuerpo, buscando cualquier señal de herida en medio del caos de la batalla que aún rugía detrás de nosotros.

Ella tomó mi mano entre las suyas. —He estado mejor y necesito ver a un médico, pero estaré bien. ¿A dónde vamos?

—A un lugar seguro. Confía en mí.

Una débil sonrisa se dibujó en sus labios, y sentí surgir en mí una feroz protección. El peso de la responsabilidad por su seguridad presionaba sobre mis hombros, pero lo acogía. Ella era mía para proteger, así como yo era suyo.

—Una vez que estemos seguros, planearemos nuestro próximo movimiento.

—¿Sabías que él tenía familia?

—¿Quién? ¿Bianchi?

—No, Luca. Tiene esposa e hija. Mantiene a la hija en la casa de al lado, para asegurarse de que la esposa se comporte.

—Los motivos de Luca no me interesan. Solo me importan los tuyos. Y los míos.

El coche se detuvo en nuestra casa fuertemente fortificada. Mientras guiaba a Liliana adentro, una sensación de alivio me invadió. Estábamos a salvo, por ahora. El reconfortante aroma a cuero viejo y madera pulida llenó mis fosas nasales al entrar en la casa tenuemente iluminada.

Con un profundo suspiro, ella se apoyó en mí, incapaz de mantenerse en pie. La rodeé con mis brazos, sintiendo el calor de su piel contra la mía.

James corrió hacia nosotros, guardando apresuradamente su Glock en la funda. —¿Está ella...?

—Llama al Dr. Deluca —ordené mientras levantaba a mi esposa y la llevaba a nuestra habitación.

Capítulo 4

Nicholas

Bajo la tenue luz de la lámpara de noche, mi Liliana yacía rota y magullada. Caminaba de un lado a otro por la habitación, mis pensamientos eran una tormenta tempestuosa mientras luchaba por mantener mis emociones bajo control. Su belleza, antes radiante, ahora estaba marcada por moretones y cortes, su cabello castaño enmarañado con un tono carmesí.

—Dios, si tan solo hubiera estado allí para protegerla —murmuré entre dientes, con los puños apretados a los costados, el frío peso de la venganza pesaba en mi corazón. Si le hubiera asignado un mejor guardaespaldas que George, quizás nunca la habrían secuestrado.

Un golpe en la puerta me sobresaltó, y rápidamente la abrí para revelar a la Doctora Elena Deluca, con su bata blanca impecable y sus ojos agudos llenos de autoridad. Llevaba un aire de competencia que siempre había sido tranquilizador en tiempos de crisis, un salvavidas al que aferrarse cuando todo lo demás se sentía perdido.

—Nicholas —dijo, su voz firme pero gentil, un bálsamo para el alma—. Me ocuparé de ella, luego hablaremos.

—Por supuesto, doctora —respondí, haciéndome a un lado para permitirle la entrada. Mientras se acercaba a la cama, observé cada uno de sus movimientos, esperando desesperadamente alguna señal de que mi esposa estaría bien.

—Señora Romano, no nos hemos conocido. Soy la Dra. Deluca, la médica de la familia Romano. Voy a examinarla y limpiarla. ¿Está de acuerdo?

Liliana asintió pero no dijo nada.

Mi corazón latía con fuerza mientras observaba a Elena trabajar meticulosamente, sus manos enguantadas moviéndose con gentil precisión sobre el cuerpo magullado y roto de Liliana. Mientras limpiaba cada herida, su toque era a la vez reconfortante y clínico, exudando la confianza que venía de años de experiencia en nuestro peligroso mundo.

—Páseme esas gasas y la solución antiséptica —indicó, su tono firme pero amable.

Obedecí sin dudar, entregándole los artículos solicitados mientras mantenía un ojo vigilante en el examen de la doctora. Cada movimiento de sus manos expertas revelaba otro aspecto del sufrimiento de mi esposa: los moretones que se tornaban púrpura, las articulaciones hinchadas, la carne tierna marcada por golpes crueles.

—¿Hay... algún daño permanente? —logré articular, mis manos temblando ante la idea de un daño irreparable hecho a mi preciosa Liliana.

La doctora Deluca continuó su examen, sondeando cuidadosamente en busca de signos de conmoción cerebral o lesiones adicionales de tejidos blandos. —Es demasiado pronto para decirlo con certeza, pero creo que se recuperará con tiempo y cuidados adecuados. Debe ser paciente, Nicholas. Este es solo el comienzo de su proceso de curación.

—Gracias, doctora —susurré, mi corazón pesado tanto por el alivio como por los temores no expresados que amenazaban con consumirme por completo.

—Recuerde, Nicholas —dijo, mirándome a los ojos por un momento—, usted tiene el

poder de ayudarla a sanar, no solo físicamente sino también emocionalmente. Su amor y apoyo son vitales en este momento difícil.

Sus palabras tocaron una fibra profunda dentro de mí, y supe que tenía razón. Por mucho que mis pensamientos estuvieran consumidos por la venganza, era mi deber —mi privilegio— estar al lado de Liliana y ayudarla a atravesar este oscuro capítulo de nuestras vidas.

—Lo que sea que necesite —dije.

—Descanso, nutrición y paz son las cosas más importantes para ella ahora —aconsejó la doctora Deluca, su voz un bálsamo calmante para mis nervios destrozados—. Pero sobre todo, asegúrese de que sepa que es amada y apreciada, a pesar del dolor que soporta.

—Lo haré —juré, mi determinación endurecida por el amor feroz que sentía por mi esposa. Y con esa promesa, me preparé para el largo viaje que nos esperaba, uno pavimentado tanto con oscuridad como con esperanza, pero guiado por una determinación inquebrantable de ver a Liliana volver a su antigua fuerza y belleza.

Con el examen inicial completo, la doctora Deluca guió a Liliana al baño, con su brazo tiernamente envuelto alrededor de su cintura. Mientras desaparecían detrás de la puerta, apreté los puños a mis costados, sintiéndome como un observador impotente en mi propia casa.

—Nicholas —la suave voz de Liliana me llamó desde el baño, rompiendo mi ensueño—. ¿Podrías traerme una de tus camisas?

—Por supuesto, cara mia —respondí, mi corazón hinchándose de amor y preocupación. Rápidamente recuperé una camisa limpia de nuestro armario y se la entregué cuando salió del baño, su cuerpo ahora libre de sangre pero aún marcado por moretones.

—Gracias —susurró ella, con los ojos llenos de lágrimas contenidas. La ayudé con suavidad a ponerse la camisa, cuidando de no causarle más dolor. Le quedaba holgada en su menudo cuerpo, pero le proporcionaba un pequeño consuelo, y eso era lo más importante.

—¿Puedo hablar con usted un momento? —preguntó la doctora Deluca, señalando hacia el pasillo. Con un asentimiento, la seguí afuera, dejando a Liliana sola para que descansara.

—Nicholas —comenzó, con un tono serio pero compasivo—, como dije, Liliana necesita mucho descanso, nutrición y paz en los próximos días. Su recuperación es de suma importancia.

—Lo entiendo, doctora —respondí, con la voz cargada de determinación.

—Bien —dijo, con un atisbo de aprobación en sus ojos—. Y recuerde, su amor y apoyo son vitales durante este tiempo. Ella necesita saber que no está sola en su proceso de curación.

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, y podía sentir el peso de una pregunta que había estado gestándose en el fondo de mi mente durante horas. Dudé por un momento, mi vulnerabilidad amenazaba con abrumarme. Pero al mirar de nuevo a Liliana, su cuerpo magullado y maltratado como un crudo recordatorio de la crueldad que había soportado, supe que necesitaba una respuesta.

—Doctora Deluca —comencé, luchando por mantener firme mi voz—, ¿podrá... podrá aún tener hijos?

La Dra. Deluca estudió mi rostro por un momento antes de responder, sus ojos reflejaban una mezcla de comprensión y empatía. —Señor Romano, le aseguro que la capacidad de Liliana para tener hijos no se ha visto afectada por este terrible incidente.

El alivio que me invadió fue casi palpable, aunque hizo poco para aliviar la culpa que aún carcomía mi alma. Tragué saliva con dificultad, preparándome para otra pregunta que me atormentaba. —Y, perdone que pregunte, pero ¿fue ella...? —me interrumpí, incapaz de pronunciar las palabras.

—¿Agredida sexualmente? —La doctora terminó la pregunta por mí, su voz suave pero

firme—. No, señor Romano.

Cerré los ojos, ofreciendo una silenciosa oración de gratitud por la pequeña misericordia en medio de tanta brutalidad. La idea de que Liliana experimentara aún más dolor y humillación de lo que ya había sufrido era insoportable.

Una lágrima solitaria se deslizó por mi mejilla, una rara muestra de vulnerabilidad que incluso la doctora Deluca pareció notar. Me miró con una mezcla de sorpresa y comprensión, y rápidamente me sequé la lágrima.

—Gracias —susurré con voz ronca—, por decírmelo. No podía soportar preguntar.

La doctora Deluca asintió solemnemente, sus ojos reflejaban el peso de su deber mientras me sostenía la mirada. —Por difícil que sea hablar de estas cosas, es importante enfrentarlas directamente. Y ahora, señor Romano, hay algo más que debemos discutir.

Hizo una pausa antes de continuar. —Ha pasado por mucho físicamente, pero también emocionalmente. Necesitará alguien con quien hablar. Alguien que no sea usted. Le enviaré una lista de terapeutas que recomiendo.

Miré a los ojos de la doctora, viendo la sabiduría y la preocupación en sus profundidades. Mi corazón se encogió al pensar en el dolor que Liliana había soportado y seguiría soportando. Sabía que tenía que ser fuerte por ella, sin importar cuánto mis propias emociones amenazaran con abrumarme.

—Cuídela, Nicholas —dijo, con una voz impregnada de una autoridad silenciosa que exigía respeto—. Y cuídese usted también.

Asentí, comprendiendo la gravedad de sus palabras. Con renovada determinación, me volví hacia el dormitorio donde Liliana me esperaba, cada paso era una promesa de ser el esposo que ella necesitaba y merecía.

Al volver a entrar en el dormitorio, vi a Liliana acostada en la cama, su cabello castaño oscuro esparcido sobre la almohada. Se veía tan frágil, un marcado contraste con el espíritu feroz que ardía dentro de ella.

—¿Nicholas? —preguntó vacilante, la vulnerabilidad en su voz tirando de las cuerdas de mi corazón.

—Bellissima —murmuré, arrodillándome junto a la cama y tomando su mano entre las mías. Podía sentir su pulso temblando bajo mi tacto—. La doctora Deluca dijo que te recuperarás bien, pero necesitas tiempo, descanso y nutrición.

Sus ojos brillaron con lágrimas mientras el alivio inundaba su rostro, y sentí que una oleada de protección me invadía. No pude evitar pensar en nuestros sueños: sueños de niños riendo, jugando y viviendo libres de las cadenas de su pasado. Ya no se trataba solo de nosotros; se trataba del legado que dejaríamos.

—Nicholas —susurró, con la voz temblorosa—. Lo siento tanto... Nunca quise que nada de esto sucediera.

—Shh —la callé suavemente, apartando un mechón de cabello rebelde de su frente—. Esto no es tu culpa, Liliana. Tú eres la víctima aquí, y te juro que haré que Bianchi pague.

Capítulo 5

Liliana

Los primeros rayos de luz matinal se filtraban por la ventana del comedor mientras me acomodaba con cuidado en una silla de la mesa. El dolor persistente y la vulnerabilidad de mis heridas hacían que cada movimiento fuera una decisión deliberada y cautelosa. Nicholas levantó la vista de su periódico, con la preocupación grabada en su apuesto rostro.

—Buenos días —dijo suavemente, estudiándome.

—Buenos días —respondí, intentando esbozar una sonrisa que no llegó a mis ojos.

Gina entró en la habitación, su cálida presencia llenando el espacio mientras colocaba platos de comida humeante frente a nosotros. —Me alegra tanto verla levantada y con tan buen aspecto, señora Romano —dijo radiante.

—Gracias, Gina —respondí, conmovida por su amabilidad, pero sabiendo perfectamente que los tonos verdes y amarillos de mis moretones en proceso de curación estaban lejos de verse bien.

Mientras probaba los esponjosos huevos revueltos, una sensación de comodidad me invadió. Este hogar se había convertido en un santuario para mí, un lugar donde me sentía protegida y segura bajo la mirada vigilante de Nicholas. No era solo su presencia la que me hacía sentir segura; también eran los hombres silenciosos y siempre presentes que patrullaban los pasillos y custodiaban las entradas. Su inquebrantable lealtad hacia Nicholas creaba una atmósfera de protección que me permitía respirar con un poco más de tranquilidad.

El aire estaba impregnado con el aroma del café recién hecho y me serví una taza. Podía escuchar el reconfortante murmullo de las voces de los guardias afuera, recordándome que nunca estábamos realmente solos.

Mis pensamientos divagaron mientras sorbía el rico café oscuro, y no pude reprimir la preocupación que me carcomía. —Nicholas —comencé vacilante, dejando la taza con un suave tintineo sobre el platillo—. Conocí a una mujer cuando estaba... en ese sótano. La esposa de Luca, Jocelyn. Fue tan amable conmigo como se atrevió, y era tanto prisionera allí como yo.

Nicholas dejó su tenedor. —¿Cómo es eso?

—Tienen una hija, Abby, y Luca la mantiene en la casa de al lado. Jocelyn solo puede ver a Abby si hace todo lo que Luca quiere.

Hice una pausa por un momento, evaluando su reacción antes de continuar. —Le prometí que las salvaríamos a ambas.

—Lo sé, Liliana —respondió en voz baja, su voz teñida de comprensión y preocupación —. Soy muy consciente del tipo de hombre que es Luca. Tiene fama de ser despiadado e implacable, incluso con aquellos que dice amar.

Sus palabras hacían eco de mis propios temores, y pude sentir el peso de la responsabilidad asentándose pesadamente sobre mis hombros. Mi pecho se apretó al pensar en Jocelyn y la pequeña Abby sufriendo a manos de semejante monstruo. Era un crudo recordatorio de que en nuestro mundo, ni siquiera los más inocentes se salvaban de la oscuridad.

—¿Puedes hacer algo, Nicholas? —supliqué, con la desesperación colándose en mi voz.

Una sombra cruzó su rostro, y por un momento, vi la carga que llevaba: las expectativas puestas en él como cabeza de la familia Romano, las decisiones de vida o muerte que tenía que tomar cada día. Pero cuando habló, su voz fue firme y decidida.

—Veré qué puedo hacer, Liliana —me aseguró, extendiendo la mano a través de la mesa para tomar mi mano temblorosa en su fuerte y cálido agarre.

Mientras sus palabras me envolvían, sentí que una chispa de esperanza se encendía en mi pecho. Nicholas podría no ser capaz de prometer una solución fácil, pero su comprensión y determinación me daban fuerza.

Miró el reloj en la pared y suspiró. —Debo volver al trabajo hoy, Liliana —declaró, su voz tensa con una tensión subyacente—. Hay asuntos que requieren mi atención.

Sus palabras me provocaron un escalofrío, y una repentina inquietud se instaló en la boca de mi estómago. La idea de quedarme sola, incluso en nuestra casa fuertemente custodiada, me llenaba de pavor.

—¿Es necesario? —pregunté, con la voz apenas audible. Mi corazón se aceleró mientras imaginaba los peligros que podían acechar fuera de estas paredes, y la vulnerabilidad que venía con la ausencia de Nicholas.

—¿Quién me protegerá mientras no estés? —solté, incapaz de contener mis preocupaciones por más tiempo.

—Riccardo estará aquí —me aseguró Nicholas, su voz llena de autoridad—. Es uno de mis hombres de mayor confianza, y se asegurará de tu seguridad hasta que yo regrese.

A pesar de la tranquilidad, sentí una punzada de inquietud. Por mucho que me agradara Riccardo, quería que Nicholas se quedara en casa.

—Confía en mí, Liliana —susurró Nicholas, sus ojos llenos de convicción—. Tú eres mi mundo, y haría cualquier cosa para protegerte.

Mientras miraba esos fieros ojos azules, supe que decía la verdad. En un mundo donde la confianza era una mercancía rara, la había encontrado en los brazos del hombre que tenía mi corazón. Y por ahora, eso tendría que ser suficiente.

—Nicholas —comencé, con voz apenas audible—, ¿qué hay de George? ¿Dónde está ahora?

Sus ojos se entrecerraron ligeramente, como si estuviera evaluando las intenciones detrás de mi pregunta.

—George ha sido reemplazado por Riccardo —dijo.

—¿Reemplazado? —repetí, con el corazón acelerado por las implicaciones de su declaración. Me moví incómodamente en mi asiento, el dolor persistente de mis heridas era un claro recordatorio de la violencia que parecía seguirnos a cada paso—. ¿Está... está aún vivo?

—Por supuesto, Liliana —respondió Nicholas, suavizando su tono—. Fue degradado a guardia en el almacén de armas. No lo haría matar, ni siquiera después de lo que pasó. —Hizo una pausa, observándome con una mezcla de curiosidad y preocupación—. ¿Realmente pensaste que llegaría a tales extremos?

Tragué saliva con dificultad, sintiendo el peso de su juicio sobre mí. Era un testimonio del mundo violento en el que vivíamos que la idea de la muerte de George siquiera cruzara por mi mente. Y sin embargo, no podía negar el miedo que me había invadido, la escalofriante comprensión de cuán vulnerables éramos todos en este juego de poder y engaño.

—No sabía qué pensar —admití en voz baja, bajando la mirada hacia el plato frente a mí.

—Escúchame, Liliana —dijo Nicholas, con voz firme pero gentil—. Sé que nuestro

mundo puede ser cruel e implacable, pero siempre haré todo lo que esté en mi poder para protegerte a ti y a quienes nos sirven lealmente. George cometió un error, sí, pero sigue siendo uno de los nuestros. Su degradación fue castigo suficiente.

Mientras miraba sus penetrantes ojos azules, vi la verdad en sus palabras y sentí que una pequeña medida de alivio me invadía. En este mundo oscuro y retorcido, la confianza era un regalo raro y precioso, uno que había encontrado en el hombre que tenía mi corazón.

—Gracias, Nicholas —susurré, con voz apenas audible por encima del sonido distante de los pasos de nuestros guardias fuera de la puerta.

—Nunca, Liliana —dijo Nicholas, con tono resuelto e inquebrantable—. Nunca llegaría a tales extremos. Su degradación fue castigo suficiente, y ha establecido confianza entre mis hombres. Además, George sin duda será un excelente guardia en el almacén de armas, especialmente ahora que trata de probarse a sí mismo nuevamente.

Mientras hablaba, la tensión comenzó a disiparse gradualmente, reemplazada por una frágil sensación de alivio. Mi corazón aún latía aceleradamente dentro de mi pecho, pero las frías garras del temor que me habían aferrado momentos antes estaban soltando lentamente su agarre.

—Me alegra oír eso —murmuré, mis dedos inconscientemente aferrando el borde del mantel—. Es solo que... este mundo en el que vivimos, es tan fácil perder de vista lo que está bien y lo que está mal. A veces, temo que todos seamos solo peones en un juego que ninguno de nosotros puede realmente ganar.

Nicholas extendió la mano a través de la mesa, su fuerte mano cubriendo la mía mientras me ofrecía un apretón tranquilizador. —Entiendo tus preocupaciones, Liliana. Pero confía en mí cuando digo que siempre haré todo lo que esté en mi poder para protegerte a ti y a quienes están con nosotros.

La convicción inquebrantable en su voz me llenó de una calidez que parecía ahuyentar las sombras, aunque solo fuera por un momento. A pesar de la oscuridad que amenazaba con engullirnos, aún había esperanza: una vela parpadeante en medio de la tormenta.

—Gracias, Nicholas —susurré, mis ojos encontrándose con los suyos mientras me aferraba a los frágiles restos de la vida que estábamos tratando tan desesperadamente de construir juntos—. Confío en ti.

—Intenta mantenerte ocupada hoy, Liliana —sugirió suavemente—. Te ayudará a no preocuparte mientras estoy fuera. —Sus penetrantes ojos azules se encontraron con los míos, buscando cualquier temor o duda persistente que pudiera haber echado raíces.

—Lo intentaré —murmuré, el peso de mis propias preocupaciones asentándose en mi pecho como un ancla de plomo. ¿Cómo podría ocuparme cuando mis pensamientos estaban consumidos por Jocelyn y Abby, sus destinos pendiendo precariamente en la balanza?

—Quizás Gina podría necesitar algo de ayuda en la cocina —ofreció Nicholas, intentando aliviar mi aprensión—. O podrías encontrar consuelo en la biblioteca. Hay incontables libros esperando tu lectura.

Asentí, apreciando sus esfuerzos por consolarme. Y sin embargo, la idea de que se fuera, aunque fuera solo por unas horas, me dejaba sintiéndome expuesta, vulnerable. Anhelaba su presencia, su fuerza y resolución inquebrantable sirviendo como un faro de luz en la oscuridad que amenazaba con consumirnos a ambos. Pero sabía que no podía permitir que mis miedos lo encadenaran aquí; él tenía sus deberes que atender, sus responsabilidades como cabeza de la familia Romano.

—Creo que tendré otra llamada con el Dr. Lansing.

Nicholas me miró. —¿Te está ayudando hablar con él?

Tomé otro bocado de huevo. —Sí. Me siento más fuerte después de nuestras sesiones.

Se levantó y caminó hacia mi lado de la mesa y besó la parte superior de mi cabeza. —Bien. Estaré en casa antes de la cena.

Capítulo 6

Nicholas

Odiaba dejar el lado de mi esposa antes de que se recuperara, pero después de llevarle café y un croissant, me dirigí a mi oficina. Había demasiadas cosas que requerían mi atención, incluyendo una llamada tarde anoche de Sam Turner. Dijo que tenía más información sobre la muerte de la madre de Liliana y quería reunirse lo antes posible.

Marco golpeó y entró. —Señor, hemos confirmado la ubicación de Abby Carbone. La tienen retenida en la casa contigua a la de su madre, tal como dijo la señora R.

Liliana le había prometido a Jocelyn que las rescataríamos a ella y a su hija después de que arriesgara todo para alimentar a Liliana durante su cautiverio. Mi esposa había dado su palabra y su palabra era tan firme como la mía; tenía que salvarlas.

—Tráeme los planos de las dos casas y un mapa de la zona circundante. Necesitamos planificar nuestros movimientos cuidadosamente.

Mientras Marco se apresuraba a reunir los materiales necesarios, mi mente comenzó a explorar posibles escenarios y rutas de escape. Cada segundo contaba, y Bianchi debía pagar por sus crímenes contra mi familia y las personas inocentes que atormentaba.

En cuestión de minutos, Marco regresó. —Jefe, aquí están los planos que solicitó.

—Bien. Reúne al equipo. Necesitamos rescatarlas ahora.

—Entendido, señor.

Examiné minuciosamente los planos, trazando nuestro plan de acción. Con cada detalle analizado, me sentía más cerca de rescatar a estas inocentes y asestar otro golpe a Bianchi y su organización. El peso de la responsabilidad recaía pesadamente sobre mis hombros, pero la idea de la retribución alimentaba mi determinación.

—Escuchen todos. Tenemos una misión: rescatar a la joven Abby Carbone y llevarla a ella y a su madre, Jocelyn, a un lugar seguro. Jocelyn ayudó a mi esposa y se lo debemos.

—Marco dice que quieres atacar la casa hoy. Estamos listos —dijo Riccardo.

—Gracias por su lealtad. Ahora, repasemos el plan. Entraremos en la primera casa en silencio, derribando a los guardias uno por uno. Nuestro objetivo principal es rescatar a Abby del sótano donde la tienen retenida. Una vez asegurada, nos moveremos a la segunda casa y liberaremos a Jocelyn. Ya hemos estado en la segunda casa, así que debería ser fácil entrar de nuevo.

Marco miró los mapas. —¿Está seguro de que no quiere empezar con la madre?

¿Desde cuándo Marco cuestionaba mis órdenes? —No. La madre no se irá sin su hija. Empezamos con Abby.

—Jefe, estamos con usted en cada paso del camino —dijo Riccardo.

—Bien. Usaremos el mismo equipo que la última vez.

Mientras mis hombres preparaban su equipo, pensé en Liliana: su fuerza, inteligencia y amor genuino que me habían anclado en este mundo oscuro. Ella no sabía que planeábamos el rescate hoy y esperaba sorprenderla con la seguridad de ellas para que tuviera una preocupación

menos.

Miré a cada uno de mis hombres. —Recuerden, todos: el sigilo es clave. No podemos permitirnos ningún error. No cuando hay una niña involucrada.

El aire de la mañana estaba cargado de tensión mientras nos acercábamos a la casa donde tenían retenida a Abby. El vecindario apenas estaba despertando y con suerte, entraríamos y saldríamos antes de que alguien nos notara.

—Manténganse cerca y en silencio —susurré en mi micrófono, usando señales con las manos para comunicar nuestro siguiente movimiento. Nos deslizamos por la parte trasera de la casa, agachándonos para evitar ser vistos a través de las ventanas.

Al llegar a la puerta trasera, observé cuidadosamente la cerradura, reconociendo su tipo y las herramientas necesarias para sortearla. Con un sutil asentimiento, saqué mis ganzúas. Momentos después, la puerta se abrió con un clic, permitiéndonos entrar en la casa silenciosa.

—Manténganse alerta, vamos a entrar. —La oscuridad nos envolvió como un sudario asfixiante, agudizando nuestros sentidos al más leve sonido o movimiento. Nos movimos lenta y deliberadamente, cada paso dado con cautela y precisión.

—Primer guardia, a las diez —dijo Riccardo. Asentí, indicando que había entendido. Un momento después, se escuchó un golpe sordo: una señal de que su número disminuía por minutos.

—Sigamos moviéndonos —dije—. No podemos permitirnos perder tiempo.

—Segundo guardia, a las tres —dijo Enzo. Sentí la adrenalina correr por mis venas mientras me preparaba para el enfrentamiento inevitable. Segundos después, otro golpe amortiguado señaló nuestro progreso.

—Tercer guardia, en las escaleras —llegó la siguiente advertencia silenciosa. El sonido familiar de un cuerpo golpeando el suelo pronto siguió.

Mi confianza crecía con cada paso que dábamos hacia nuestro objetivo final. —Ya casi estamos allí.

—Cuarto guardia, junto a la puerta —susurró Enzo de nuevo. Mis instintos se activaron al máximo mientras consideraba las posibles consecuencias de ser descubiertos ahora, tan cerca de nuestro objetivo.

Otro golpe sordo resonó por la casa, y sentí que se me erizaban los pelos de la nuca en anticipación.

—Por fin —respiré, con el corazón latiendo como un tambor en mi pecho. El camino hacia Abby ahora se abría ante nosotros, pero el verdadero desafío apenas comenzaba.

Una puerta de hierro se alzaba fría e imponente ante mí, su mera presencia era un testimonio de la depravación que buscaba desmantelar. ¿Qué clase de animal separa a una madre de su hija?

—Cerrada —murmuré, estudiando la puerta con una determinación helada. Era hora de poner en uso mis habilidades como criminal experimentado. La cerradura cedió ante mis hábiles dedos y con un suave clic, la puerta se abrió, revelando el sótano que mantenía cautiva a la pequeña Abby.

—Abby —susurré en la oscuridad, mi voz apenas audible, pero cargada de una urgencia que exigía la atención de la niña. ¿Qué monstruo mantiene a una niña en la oscuridad todo el tiempo?— Está bien, Abby. Estás a salvo ahora. Soy un amigo de tu madre.

—¿Quién... quién eres? —llegó una voz pequeña y temblorosa desde un rincón oscuro de la habitación. Podía sentir el peso de su miedo envolviéndola como un sudario asfixiante.

—Me llamo Nicholas, y soy tu amigo —dije, adentrándome más en la oscura cámara—.

Estoy aquí para llevarte a casa.

—A casa no —gimió, con lágrimas evidentes en su voz—. Papá solo me traerá de vuelta aquí.

—Sí, pequeña. Te llevaremos a un lugar seguro y no volverás a ser separada de tu madre. Lo juro por mi vida —respondí solemnemente, extendiendo mi mano para que sus dedos temblorosos la agarraran—. Ahora vamos, tenemos que irnos. —Mientras tomaba mi mano vacilante, sentí una oleada de protección correr por mis venas, encendiendo un fuego dentro de mí que ardía más caliente que el sol.

—¿Dónde está mi mamá? —su voz tembló mientras subíamos las escaleras, sus pasos vacilantes y débiles.

—Vamos a buscarla ahora —le aseguré a Abby, mi tono suave pero firme.

—¿Puede... puede venir con nosotros? —susurró la niña, su voz apenas audible sobre los latidos de mi corazón.

—Por supuesto —prometí, sabiendo que haría lo que fuera necesario para garantizar la seguridad de Jocelyn y, por extensión, la felicidad de Liliana—. Las protegeré a ambas.

Tomé rápidamente una foto de Abby y Riccardo, apenas deteniéndome para asegurarme de que el enfoque fuera claro. —Riccardo, lleva a Abby a mi casa. Liliana cuidará de ella.

—¿Está seguro, Nicholas? —Su voz traicionaba incertidumbre—. No me gusta dejarlo.

—Yo puedo llevarla, Jefe —dijo Marco—. Puedo cuidar de ella.

Ese no era el plan y Marco lo sabía. Segunda falta para él hoy.

—Abby va con Riccardo. —No la confiaría a nadie más.

Riccardo asintió, comprendiendo la gravedad de la situación.

—Tengan cuidado —les advertí antes de volver mi atención a nuestro siguiente objetivo. La segunda casa se alzaba amenazadoramente incluso bajo el brillante sol del mediodía.

El secuaz que vigilaba la puerta de la casa de Luca Carbone apenas tuvo tiempo de registrar mi presencia antes de que lo golpeara, hundiendo mi puño en su garganta con una fuerza brutal. Se desplomó en el suelo, jadeando por aire mientras lo pisaba sin pensarlo dos veces.

Derribé la frágil puerta trasera de una patada.

—¡Luca Carbone! —Mi voz resonó por el pasillo tenuemente iluminado, cargada de amenaza y autoridad.

Luca llamó desde otra habitación.

—Nicholas Romano, siempre el héroe —Su voz goteaba desprecio, pero pude escuchar el miedo acechando bajo su bravuconería.

—Más de lo que puedo decir de ti —escupí, con mi furia desbordándose mientras el hombre responsable de infligir tanto dolor a su familia finalmente aparecía a la vista.

—¿Viniste por otra paliza? No me digas que dejaste a esa linda esposa tuya sola en casa. ¿Te contó lo que le hicimos? No me sorprendería que esté decepcionada de estar de vuelta en casa contigo —se burló Luca.

Mi visión se oscureció y estaba a punto de abalanzarme sobre él, golpear su cara hasta convertirla en pulpa y hacerle desear nunca haber puesto sus ojos en mi esposa cuando se escuchó un crujido enfermizo y Luca cayó al suelo.

—¿Te envió Liliana? —preguntó la mujer. Escupió sobre Luca—. No pensé que lo haría.

Le mostré mi teléfono.

—Abby está en camino a mi casa con mi hombre de mayor confianza. ¿Estás lista para irte?

Ella miró detenidamente la foto.

—Sí.

—Señora —interrumpió Marco—, ¿quiere que empaquemos algo para usted?

Ella miró alrededor y se burló.

—No quiero nada que me recuerde a este imbécil —Le dio una patada en las costillas y sonrió—. He estado esperando mucho tiempo para hacer eso.

—Jocelyn, es hora de irnos —insistí, agarrando su brazo mientras la alejaba de la forma desplomada de Luca. Ella luchó contra mi agarre, sus ojos salvajes de desafío—. Tu hija te está esperando.

—Gracias —dijo, con la voz ahogada por la emoción. Juntos, nos apresuramos a salir de la casa, dejando atrás los restos de una vida que le había causado tanto dolor.

Mientras nos acercábamos a mi casa, pude ver a Liliana y Abby mirando por la ventana de la sala, con la ansiedad grabada en sus rostros. En el momento en que Abby nos vio, sus ojos se ensancharon de alivio. Marco y yo apresuramos a Jocelyn dentro de la casa donde Abby corrió hacia ella, con lágrimas corriendo por su rostro. Al ver a la niña rescatada en los brazos de su madre, la mirada de Liliana se encontró con la mía, y supe que entendía la profundidad de mi compromiso de proteger a los inocentes.

—Nicholas... lo hiciste.

—Por supuesto —Mi voz era baja, pero el orgullo se hinchaba dentro de mí, sabiendo que había salvado a una madre y a su hija de más sufrimiento. La satisfacción de salvarlas era mayor que la de derribar el imperio de Bianchi.

Me besó suavemente y se alejó, sus profundos ojos marrones reflejando su gratitud y amor.

—Nos aseguraremos de que estén seguras y cómodas.

—De acuerdo —Mis pensamientos se desplazaron hacia el futuro, imaginando una nueva vida para Jocelyn y Abby, una muy alejada de los horrores que habían soportado. Nuestra misión compartida de proteger a los inocentes solo parecía fortalecer nuestro vínculo, alimentando mi determinación de derribar el imperio de Bianchi pieza por pieza.

—Mañana planearemos su futuro. Pero por ahora —miré a la temblorosa Jocelyn y a su cansada hija—, dejemos que encuentren seguridad en nuestro hogar.

—Gracias —La voz de Liliana era suave pero resuelta, sus ojos brillando con admiración mientras me miraba—. ¿Cuánto tiempo les permitirás quedarse aquí?

Apreté su mano suavemente, buscando seguridad en su contacto.

—Cuando sea el momento adecuado, les ayudaremos a comenzar de nuevo, en algún lugar lejos de esta vida, con nuevos nombres e historias.

—¿Estarán a salvo? ¿Luca irá a buscarlas?

—No si sabe lo que le conviene —Mi convicción resonaba en cada palabra, alimentada por el fuego que ardía dentro de mí—. Las mantendremos a salvo, tal como te lo prometí.

La gratitud en sus ojos hablaba por sí sola, y pude sentir el fortalecimiento del vínculo entre nosotros mientras permanecíamos unidos en nuestra misión.

—Cualquier cosa por ti, mi amor —Las palabras fueron apenas más que un suspiro, una tierna admisión destinada solo para sus oídos.

Capítulo 7

Liliana

El día después de que Nicholas y los hombres rescataran a Jocelyn y Abby, entré en la cocina con un plan bien trazado. Un destello de alivio cruzó mi rostro al notar que Gina, nuestra cocinera, aún no había comenzado a preparar la cena. Iba a cocinar el plato favorito de Nicholas, pollo a la parmesana.

Gina levantó la vista mientras guardaba los platos. —Buenas tardes, señora Romano. ¿El almuerzo fue de su agrado?

Sonreí. —Por supuesto que lo fue, y lamento si no te lo dije. Pero esta noche, me gustaría cocinar la cena. Quiero hacer algo especial para Nicholas y estoy limitada porque no puedo salir de casa.

Ella entendió a qué me refería. Al personal de la casa también se le había pedido permanecer en el interior por su seguridad.

—¿Alguna vez has cocinado antes?

Intenté ignorar la preocupación en su voz. Había cocinado en la escuela; todos tuvimos que aprender a hacer algunas comidas básicas. —Por supuesto, pero nunca nada complejo desde cero. —Le mostré la receta que había impreso antes—. No parece muy difícil.

Gina estudió la receta y luego me dio un gesto de aprobación. —Le gustará. Asegúrate de que la salsa no sea demasiado ácida.

—¿Cuándo debería empezar? —pregunté, porque nunca había coordinado una comida completa para que estuviera lista al mismo tiempo.

—Deberías comenzar con la salsa de inmediato, luego preparar el pollo y ponerlo en el refrigerador hasta que sea más cerca de la hora de la cena. Si vas a hacer guarniciones o postre, hazlos después de que el pollo esté en el refrigerador.

Rápidamente anoté sus instrucciones en el reverso de la receta impresa. —De acuerdo. Haré eso.

Gina se quitó el delantal. —Si necesitas algo, estaré en mi habitación. Llámame si tienes preguntas.

—Gracias, Gina. Lo haré.

Después de que se fue, abrí la despensa y seleccioné cuidadosamente los ingredientes que necesitaba. Una pequeña sonrisa se dibujó en mis labios mientras imaginaba su reacción; había dedicado tanto tiempo y energía a cuidarme que pensé que apreciaría que yo lo cuidara a él.

Mis moretones dolían mientras alcanzaba los ingredientes que necesitaba en la despensa. Era difícil creer que solo hacía dos días que Nicholas me había rescatado de Antonio Bianchi. Y apenas ayer había cumplido mi promesa de rescatar a Jocelyn y Abby.

Alcancé el frasco de tomates importados, mis manos temblando ligeramente mientras la gravedad de lo que Nicholas había hecho por mí se asentaba. Había arriesgado todo para protegerme, y yo quería recompensarlo de alguna manera pequeña.

Con cada corte preciso e ingrediente medido, mis pensamientos giraban en torno al

hombre con el que me había casado. Estábamos unidos por obligación, y sabía que nunca podría dejarlo, no sin poner a mi familia en peligro. Por otro lado, estábamos desarrollando una relación fuera de las limitaciones de nuestras obligaciones. En momentos de ternura, ambos habíamos dicho "te amo", pero sentía que nos habíamos dejado llevar por el momento. Cocinar esta comida para él era más que un simple gesto de gratitud. Era una declaración de mi deseo de entenderlo, de forjar una asociación voluntaria con él.

Mientras trabajaba, los olores y sonidos de la cocina me rodeaban, y reflexioné sobre nuestra relación. Puse mi corazón en el plato, esperando que con cada hierba añadida la comida transmitiera el creciente afecto que sentía por Nicholas.

—Primero las verduras —me dije a mí misma, revisando los pasos de la receta. El aroma del ajo y las cebollas pronto se extendió por el aire, mientras salteaba las verduras en la brillante sartén de acero inoxidable. Sonreí ante el tentador aroma que llenaba la cocina, sabiendo que solo se volvería más potente a medida que avanzara la comida.

El chisporroteo de la sartén servía como un recordatorio de lo que estaba haciendo: no solo preparar una comida, sino crear una experiencia para Nicholas. ¿Entendería la profundidad de mi gratitud? ¿Vería a través de mis acciones lo que las palabras nunca podrían transmitir completamente?

Imaginé su reacción a mis esfuerzos. ¿Estaría complacido? ¿Sorprendido? ¿Decepcionado de que su esposa hiciera trabajo manual? ¿Y si la comida no era buena? ¿Y si la arruinaba? Pensamientos ansiosos amenazaban con abrumarme, pero los aparté, centrándome en el intrincado proceso de elaborar esta comida. No era solo comida, era un símbolo, un mensaje, un testimonio silencioso del vínculo que estábamos formando lentamente.

—Que sea perfecto, que sea suficiente —recé en silencio, mis ojos cerrándose brevemente mientras enviaba mi deseo al universo. En ese momento, cada revolver, cada corte, cada hervor se convirtió en un pequeño acto de devoción, cada uno una pieza del mosaico que se convertiría en nuestro futuro.

—Perfección —murmuré, mientras espolvoreaba una pizca de sal sobre las chuletas de pollo. La tierna carne brillaba bajo la cálida luz de la cocina, cada capa de condimento añadiendo profundidad y complejidad al plato que era el favorito de Nicholas. Mi corazón latía con anticipación, mis pensamientos arremolinándose como las especias que se aferraban a los delicados zarcillos de vapor.

—Hora de unirte a tus hermanos —susurré, deslizando la carne sazonada en la sartén para unirse a las demás. Había hecho suficiente para seis personas, planeando tomar la comida de mejor aspecto para nosotros. El chisporroteo que siguió fue música para mis oídos, el sonido intensificando la anticipación de la comida.

—Yo también le hablo a la comida —dijo una voz familiar desde la puerta, haciéndome sobresaltar. Era Gina, con los ojos iluminados de diversión.

Le sonreí. Era un desastre, con harina en el pelo y salsa manchando el delantal que sabiamente me había puesto antes de empezar a cocinar. —Es bueno saberlo.

—Pensé en venir a ver cómo te iba y asegurarme de que todo estuviera bien. Huele delicioso.

Me sonrojé ante su elogio. —Gracias. ¿Quieres probarlo para asegurarte?

Se acercó a la estufa y probó la salsa. —No está mal. Quizás un poco más de orégano.

Seguí su consejo y añadí más orégano. —¿Algo más? Tiene que ser perfecto. Necesita entender cuánto significa para mí y lo agradecida que estoy por todo lo que ha hecho.

—A veces el mensaje más poderoso es el más simple. Pasar toda la tarde cocinando para

él transmitirá tu mensaje alto y claro.

—Espero que tengas razón —concedí, mis dedos trazando el mango de la sartén mientras reflexionaba sobre sus palabras.

—Además —continuó Gina, con un brillo pícaro en los ojos—, tengo la sensación de que él ya es muy consciente de tus sentimientos. Los hombres como él tienen un entendimiento y control completo de su entorno y de todos a su alrededor.

Miró alrededor de la cocina. —No está tan desordenado como esperaba. Ya que tienes todo bajo control, volveré a mi tarde libre. Avísame si quieres cocinar de nuevo porque acabo de despertar de la mejor siesta.

Con un sentimiento de orgullo, pasé a la siguiente tarea: poner la mesa para nuestra cena. Mis manos levantaron suavemente la porcelana más fina del armario, cada plato un exquisito testimonio de artesanía. Mientras los colocaba con elegante precisión, me pregunté si esto era algo que los hombres siquiera notaban. ¿Sabría él que me aseguré de que cada utensilio estuviera correctamente colocado o estaría igualmente feliz comiendo en un plato de papel, bebiendo vino de un vaso de plástico? Gina dijo que Nicholas se fijaba en todo, pero yo sabía que mi padre a menudo pasaba por alto muchos detalles.

No importaba, porque yo apreciaba la hermosa mesa. Las copas de cristal brillaban suavemente mientras las colocaba sobre la mesa pulida, su delicada belleza reflejando el parpadeo de la luz de las velas que encendí una a una. El suave resplandor creaba una atmósfera cálida y acogedora, añadiendo un toque de romanticismo a la escena. Di un paso atrás para admirar mi obra, sintiendo una emoción de anticipación recorrer mis venas.

El sonido de pasos resonó en la distancia, mi corazón latiendo al ritmo de cada paso que se acercaba. Cuando la puerta se abrió, revelando la figura alta e imponente de Nicholas, contuve la respiración, rezando para que esta noche fuera la noche en que nuestro amor trascendiera las barreras no dichas que se interponían entre nosotros.

—Bienvenido a casa, Nicholas —lo saludé, mi voz una mezcla de vulnerabilidad y determinación—. Te he preparado la cena.

—¿Lo has hecho tú? ¿Está bien Gina? —Sus ojos se abrieron de sorpresa, asimilando la escena frente a él.

—Sí, ella está bien. Quería cocinar para ti y he preparado esta comida, hasta el último bocado. —Mi sonrisa era una muestra de afecto y rendición, una ofrenda expuesta sobre el altar de nuestro matrimonio.

Me atrajo hacia sus brazos y me besó. Con horror, me di cuenta de que no me había quitado el delantal y estaba manchando su traje con salsa. Lo aparté. —Déjame limpiarme primero. Volveré en un minuto.

Me apresuré a mi habitación para refrescarme. Me quité el delantal de un tirón y rápidamente me cambié a un vestido negro ajustado. Me cepillé la harina del cabello y me puse una nueva capa de lápiz labial.

Antes de que terminara, él se unió a mí. —Me asombra cómo puedes pasar de cocinera cubierta de salsa y harina a mujer elegante en el tiempo que me toma subir hasta aquí.

Me agarró, aplastándome contra su pecho. Sus labios ardientes descendieron sobre los míos en un beso salvaje, hambriento y apasionado. Gemí de deseo mientras mi mano se movía hacia la parte posterior de su cuello, atrayéndolo más cerca de mí con una necesidad desesperada. Mis labios se separaron ansiosamente, invitando a su lengua a explorar mi boca. Chispas se encendieron dentro de mí mientras nuestras lenguas bailaban juntas, consumiéndonos a ambos en un incendio de pasión. —Mmm, sabes delicioso —dijo contra mi boca—. Tal vez deberíamos ir

a cenar antes de que nos olvidemos por completo de ello.

En ese momento, no tenía ningún interés en la comida, pero sabía que obtendría lo que quería más tarde esa noche.

—Sabes que no necesitas pagarme nada, ¿verdad? —La pregunta quedó suspendida en el aire, pesada y cargada de emoción no expresada mientras caminábamos del brazo hacia el comedor.

—Nicholas, siento que te debo tanto. Salvaste a mi hermano, me rescataste de Antonio Bianchi, cumpliste mi promesa a Jocelyn. —Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, la vulnerabilidad en mis palabras dejándome expuesta.

—Escúchame, Liliana. —Su voz era baja, una tormenta gestándose bajo la superficie tranquila—. No me debes nada. Soy tu marido, e iría hasta el fin del mundo para mantenerte a salvo y feliz.

El aire entre nosotros chisporroteaba de electricidad mientras me atraía hacia él de nuevo, su toque encendiendo un fuego que había estado ardiendo lentamente bajo nuestra fachada cuidadosamente elaborada.

Nuestros labios se encontraron en una danza apasionada, las lenguas saboreando y explorando las profundidades del otro, el calor de nuestros cuerpos fundiéndose en uno solo. Cuando nos separamos, jadeando por aire, la intensidad de nuestra conexión amenazaba con consumirnos a ambos.

—Sírveme, Liliana —ordenó una vez que llegamos al comedor. Sus ojos se clavaron en los míos, un desafío silencioso que me hizo estremecer.

—Muy bien. —Con manos temblorosas, serví el pollo a la parmesana, cada bocado un símbolo del poder que tenía dentro de mí, poder que ya no cedería a los hombres que buscaban controlar mi vida.

Empezó a comer y yo me quedé mirando, buscando cualquier señal de que no le gustara la comida.

Levantó la vista de su plato. —Delicioso. No tenía idea de que supieras cocinar.

Sonreí. —Por supuesto que sé. ¿Acaso no sabe todo el mundo?

Negó con la cabeza. —No. Mi madre nunca puso un pie en la cocina, ni siquiera para servirse un vaso de agua —tomó otro bocado—. No estoy seguro de que el pollo de Gina sea mejor que el tuyo. ¿Ella te enseñó a hacerlo?

Me sonrojé ante su elogio. —No. Le mostré la receta y me dijo el orden en que debía cocinar las cosas. Luego se fue y me puse a trabajar.

—Está delicioso —dijo—. Como mi madre nunca cocinaba, asumí... Bueno, no debería haberlo hecho.

—Nunca asumas nada sobre mí, Nicholas —repliqué con un toque de desafío, el fuego en mi interior comenzando a arder.

Sonrió. —Lección aprendida.

Mientras terminábamos nuestra cena, el silencio entre nosotros se cargó de anticipación. Había un entendimiento tácito, una necesidad cruda que ya no podía ser negada.

—Ven conmigo —su voz era suave, pero autoritaria mientras se levantaba de la mesa, extendiéndome su mano. Puse mi mano en la suya, sintiendo el familiar escalofrío de deseo recorrer mi cuerpo.

Nicholas me levantó en sus brazos y me llevó al dormitorio, sus ojos nunca dejando los míos. Nuestra conexión se profundizó, el aire espeso con pasión y anhelo.

—Esta noche, quiero ser tierno contigo —susurró, su aliento caliente contra mi oído.

Las manos de Nicholas me acariciaron, trazando las líneas de mi silueta en la tenue luz de luna que se filtraba a través de las cortinas de nuestro dormitorio. Sus dedos me rozaban, reverentes y dolorosamente tiernos, como si fuera algo precioso y frágil. Desabrochó el cierre de mi vestido y lo dejó deslizarse por mis hombros, revelando mi sujetador con encaje. Se inclinó y besó mi cuello, el calor de su aliento enviando escalofríos por mi columna, antes de alcanzar el broche de mi sujetador. Este cayó ante su toque, seguido por mis bragas, de las que no podía esperar para deshacerme. Ahora estaba completamente expuesta. Temblé bajo su mirada, mi respiración entrecortándose mientras sus cálidas manos continuaban acariciando mi piel.

Se apartó, mirándome con una mezcla de adoración y posesión. Era suya, anhelaba ser suya, y siempre sería suya.

Lentamente, se quitó la ropa, cada movimiento deliberado y calculado, revelando su poderosa constitución, sus músculos tensos de necesidad. Se acercó más a mí, su calor calentando mi piel. Me estremecí cuando me levantó y me acostó suavemente en la cama. Sus labios rozaron los míos, suaves y tiernos al principio, luego exigentes mientras reclamaba mi boca con una pasión feroz.

—Cara mia —dijo mientras trazaba besos por mi cuello y clavícula, su barba incipiente haciéndome cosquillas en la piel suave. Sus dientes mordisquearon el lóbulo de mi oreja, erizando mi piel.

Me arqueé hacia él, suplicando por más. —Por favor, Nicholas.

Rió oscuramente, el sonido retumbando en su pecho mientras continuaba su descenso hacia mis pechos. Su lengua rodeó mi pezón a través del encaje de mi sujetador antes de apartarlo, su aliento caliente contra mi piel sensible. Jadeé cuando lo tomó en su boca, chupando fuerte mientras su mano retiraba el encaje de mi otro pecho, revelándolos ambos a su mirada hambrienta.

Su lengua jugueteó sobre ambos pezones, volviéndome loca de deseo. —Nicholas —gemí, apenas capaz de pensar.

Me sonrió, sus ojos pesados de lujuria, y luego se apartó.

Protesté con un quejido, necesitando sentir su boca sobre mí, pero él solo sonrió en respuesta. Observé, fascinada, cómo se desvestía, su miembro erguido y duro. Me relamí los labios ante la idea de tenerlo dentro de mí pronto.

De nuevo en la cama, recorrió mi cuerpo con sus manos, deteniéndose en mis muslos internos. Abrí las piernas para él, pero ignoró mi sexo. Besó su camino subiendo por mi estómago, luego mordisqueando y lamiendo hasta llegar a mi centro. Finalmente, bajó su cabeza entre mis piernas. Gimió de placer, separando mis pliegues para revelar mi clítoris hinchado.

Jadeé cuando empezó a lamerme, su lengua bailando sobre mi carne sensible, enviando ondas de placer por mi cuerpo. Me retorcí debajo de él, mis dedos hundiéndose en las sábanas mientras me torturaba sin piedad. Este hombre sabía exactamente cómo volverme loca. Pero entonces, justo cuando estaba a punto de deshacerme, se apartó, sus ojos clavándose en mí. —Aún no —gruñó, con una sonrisa amenazante en sus labios.

Gemí de frustración mientras se recostaba sobre sus codos y me observaba, con una ceja levantada en desafío.

—Por favor —supliqué, rogándole que continuara.

—Muéstrame cómo te complaces a ti misma —tomó mi mano y la colocó entre mis piernas. Mis dedos fueron directamente a mi dolorido clítoris, sabiendo que podría encontrar el alivio rápidamente.

Bajo su atenta mirada, hice lo que me indicó. Gemí mientras mi respiración se volvía

entrecortada.

Los ojos de Nicholas se oscurecieron. —Esa es mi buena chica —se rió mientras mis caderas comenzaban a moverse arriba y abajo, añadiendo presión a los movimientos de mis dedos.

Justo cuando estaba a punto de llegar al clímax, agarró mis muñecas, inmovilizándolas sobre mi cabeza mientras se cernía sobre mí.

—No —exclamé mientras mis caderas continuaban empujando.

—Eres tan jodidamente receptiva —ronroneó, destilando deseo—. Recuerda esta noche, las buenas chicas obtienen todo lo que quieren.

Me retorcí debajo de él, mi cuerpo en llamas mientras se lamía los labios, sus ojos ardiendo en los míos. Luego, lenta y firmemente, se alineó con mi entrada.

Intenté empujarme hacia él, pero su otra mano mantenía mis caderas quietas. La cabeza de su miembro jugueteaba con mi sexo, y usé toda mi fuerza para impulsarme hacia él. —Por favor —gemí de nuevo, mi voz apenas un susurro.

Su sonrisa era depredadora, y se inclinó para mordisquear mi clavícula. —Como desees —susurró contra mi piel, penetrándome con una embestida exquisitamente lenta.

Jadeé, sintiendo cada centímetro de él deslizarse dentro de mí. Se mantuvo quieto por un momento, apoyado sobre mí, antes de retirarse casi por completo para luego volver a hundirse en mí. Mi espalda se arqueó, separándose de la cama en una necesidad instintiva de estar más cerca de él mientras me deshacía.

—Sí —exclamé mientras oleadas de placer me recorrían—. ¡Oh, joder, sí!

Cabalgó a través de mi orgasmo, sin detenerse nunca, y cuando estaba volviendo en mí, liberó mis brazos, bajó la cabeza y mordió mi pezón.

Dejé escapar un rugido gutural, incapaz de hablar mientras mis uñas se clavaban en sus hombros. Mis paredes se apretaron a su alrededor mientras él establecía un ritmo brutal, sus caderas chocando contra las mías.

Nicholas gruñó, embistiéndome aún más fuerte, su destreza abrumadora. Lo encontré embestida tras embestida, sabiendo que ninguno de los dos podría mantener este ritmo por mucho más tiempo. Finalmente, mi orgasmo atravesó mi cuerpo mientras él derramaba su semilla dentro de mí.

Mientras recuperaba el aliento, gruñó de nuevo, su mano recorriendo mi cabello. —Eso es, mi buena chica —dijo con aprobación—. Me perteneces. —Sus palabras estaban impregnadas de posesividad, un matiz que siempre me hacía temblar.

—En corazón, cuerpo y alma, esposo mío.

Capítulo 8

Nicholas

El aire gélido de la noche me atravesaba los pulmones mientras permanecía en las sombras de un almacén abandonado, esperando al detective Turner. Mis dedos tamborileaban contra mi muslo, la impaciencia me carcomía. Era una regla tácita que nunca deberíamos reunirnos así, pero en tiempos desesperados se requieren medidas desesperadas.

—Nicholas —la voz de Turner resonó en la oscuridad, y me tensé, listo para reaccionar si fuera necesario.

—Detective —respondí secamente, saliendo de las sombras mientras él se acercaba. Parecía inquieto, sus ojos se movían rápidamente, buscando cualquier señal de peligro.

—Escucha, lo que estoy a punto de decirte puede costarnos la vida a ambos —susurró Turner con urgencia, y un escalofrío me recorrió la espalda—. Hay un topo en el departamento de policía, trabajando para Bianchi.

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, la sangre rugiendo en mis oídos. La traición era una constante en nuestro mundo. Aunque tanto la policía como la mafia valoraban la lealtad por encima de todo, me preguntaba cómo Bianchi había logrado infiltrar un topo en el departamento.

—¿Quién? —exigí, con voz baja y peligrosa, mi mente corriendo con las posibles consecuencias para Liliana y para mí.

—Aún no lo sé —admitió Turner, con el rostro pálido y demacrado—. Pero estoy seguro de que fueron ellos quienes me dieron la falsa información sobre tu padre matando a la madre de Liliana.

—Cuéntame más sobre ese topo —exigí, con voz baja y peligrosa—. ¿Por qué te dieron esa falsa información sobre la madre de Liliana?

Los ojos de Turner parpadearon con un atisbo de aprensión antes de responder. —Parece que Bianchi quería crear una brecha entre tú y Liliana. Sabía lo ferozmente leal que es ella a su familia; al convencerla de que tu padre había matado a su madre, pretendía volverla contra ti.

Apreté los puños, sintiendo la fría rabia surgir por mis venas. ¿Cómo se atrevía a intentar manipular nuestro amor y lealtad para sus propios fines retorcidos? Pero había algo más que me molestaba, una pregunta persistente en el fondo de mi mente.

—La muerte de su madre fue catalogada como un accidente, ¿verdad? —pregunté, sin apartar la mirada del rostro de Turner.

Vaciló un momento antes de responder. —Sí, oficialmente sigue clasificada como un accidente. Pero no creo que lo fuera.

—Entonces, ¿quién crees que la mató? —insistí, mi paciencia agotándose.

—Sospecho que alguien de la propia familia de Liliana —admitió Turner, su voz apenas audible sobre el sonido distante de un motor de coche—. Si hubiera sido un extraño, los Ricci habrían buscado venganza hace años.

La revelación me golpeó como un puñetazo en el estómago, robándome el aliento mientras luchaba por comprender las implicaciones. ¿Podría alguien tan cercano a Liliana haber

sido responsable de un acto tan monstruoso?

—Turner —advertí, con la voz cargada de amenaza—, si vas a hacer semejante afirmación, más te vale estar completamente seguro de tus hechos.

—Mira, aún no puedo probarlo —dijo, levantando las manos a la defensiva—. Pero las evidencias apuntan en esa dirección. Tienes que tener cuidado, Nicholas. El peligro es mayor que nunca ahora.

—¿Por el topo? —pregunté, mi mente corriendo con posibilidades.

—Exactamente —confirmó Turner—. Si creen que han sido descubiertos o si se sienten amenazados, podrían atacar. No confíes en nadie, Nicholas. Es la única manera de que sobrevivas a esto.

El recuerdo del dolor y la confusión que había causado esa revelación surgió en mí, alimentando mi ira. Apreté los puños, luchando por mantener el control. La seguridad de mi esposa estaba en juego, y no podía permitirme ser consumido por la rabia.

—Encuéntralos y tráemelos —ordené, mi voz fría y dura como el acero.

—No. Tienen que ir a juicio. Lo mejor que puedo hacer es decirte quiénes son después de que hayan sido arrestados.

Me quedé allí por un momento, la revelación hundiéndose como un cuchillo retorciéndose en mis entrañas. La confianza se había convertido en un lujo que ya no podía permitirme. ¿Y si el topo sabía de esta reunión? ¿Y si nos estaban observando incluso ahora, listos para informar a Bianchi? —Si tu manera no funciona, me aseguraré de que la mía lo haga.

El viento susurraba entre los árboles, enviando escalofríos por mi espalda. Cada crujido de hojas, cada chasquido de una rama, me hacía cuestionar si realmente estábamos solos. Escaneaba continuamente mis alrededores y mientras me alejaba de nuestra clandestina reunión, la oscuridad parecía cerrarse a mi alrededor, apretando su agarre. El aire parecía espeso con engaño y traición.

¿En quién puedo confiar?, me pregunté, mis pensamientos un torbellino de paranoia e ira. —¿Y si hay más topos, acechando en las sombras, esperando atacar cuando esté más vulnerable?

El pensamiento era nauseabundo. Necesitaba saber hasta dónde llegaba esta traición. ¿Quién más había sido comprometido, arrastrado a la retorcida red de mentiras de Bianchi?

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho mientras me enfrentaba a Turner, la oscuridad del lugar apartado presionándonos como un peso abrumador. La ira y la frustración que sentía se agitaban dentro de mí, pero mantuve la compostura, sabiendo que no era el momento de perder el control.

Mi corazón palpitaba mientras me acercaba a mi casa, la conversación con Turner aún resonando en mis oídos. La noche estaba fría y silenciosa, con solo el sonido de mis pasos rompiendo el silencio. Mi mente daba vueltas con pensamientos de topos, traición y muerte. Al abrir la puerta, el calor de nuestro hogar me envolvió, ofreciéndome un refugio temporal de la oscuridad exterior.

—¿Nicholas? —llamó la voz de Liliana, su preocupación evidente. Estaba al pie de las escaleras, su cabello oscuro cayendo sobre sus hombros, sus ojos reflejando el dolor que sabía que aún sentía.

—Ven, siéntate —dije, guiándola a la sala. Nos acomodamos en el sofá, con una distancia cómoda entre nosotros que ocultaba la turbulencia emocional que ambos soportábamos. Podía sentir sus ojos sobre mí, buscando respuestas, buscando seguridad.

—Liliana... El detective Turner reveló algo inquietante esta noche. Hay un topo en el departamento de policía trabajando para Bianchi —dije, con voz baja y controlada.

Sus profundos ojos marrones se abrieron con incredulidad. —¿Un topo? Pero... ¿cómo puede ser?

—Turner aún no conoce todos los detalles, pero sospecha que este topo proporcionó información falsa sobre la muerte de tu madre. —Hice una pausa, tragando la ira que amenazaba con surgir dentro de mí—. El topo puede haber manipulado la situación para crear una brecha entre nosotros. Él piensa, y escúchame bien, cree que podría haber sido alguien de tu familia.

Liliana contuvo la respiración, su mano moviéndose para cubrir su boca mientras procesaba la revelación. —Nadie en mi familia habría matado a mi madre —insistió, con voz apenas audible—. Todos la amábamos. No puede tener razón.

Estudié la convicción en sus ojos, deseando poder compartir su certeza. Pero las palabras de Turner resonaban demasiado ciertas en mi mente. —No podemos confiar en nadie, Liliana. Solo el uno en el otro.

—Nicholas... —Su voz tembló, revelando su vulnerabilidad—. ¿Qué vamos a hacer?

—Primero, descubriremos la verdad sobre la muerte de tu madre —dije, con voz firme y determinada—. Y luego expondremos al topo y lo llevaremos ante la justicia.

—¿Puedes prometerme eso? —preguntó, sus ojos suplicando seguridad.

—Sin duda alguna. —Mi mano encontró la suya, nuestros dedos entrelazándose mientras miraba sus ojos—. Te protegeré, Liliana. Y encontraré a quien mató a tu madre. Cueste lo que cueste.

Su mirada sostuvo la mía por un momento más antes de asentir lentamente, aceptando mi juramento. Nos sentamos en silencio por un momento, el peso de nuestra situación pesando sobre nuestros hombros.

El peso de nuestras manos entrelazadas y la pesadez en los ojos de Liliana me anclaban al presente, un recordatorio de lo que estaba en juego. No podía permitirme ningún error en este peligroso juego.

—Nicholas —dijo Liliana, su voz apenas audible pero impregnada de una firmeza que me sorprendió—. Quiero ayudar.

—¿Ayudar? —Mis cejas se alzaron con incredulidad, pero no pude ignorar la feroz determinación que ardía en sus profundos ojos marrones—. Liliana, sabes lo peligroso que es esto. No permitiré que te pongas en peligro.

—Nadie esperaría que yo estuviera involucrada —argumentó, su mirada inquebrantable —. Esa podría ser nuestra ventaja. Conozco a mi familia mejor que nadie.

Dudé, dividido entre el deseo de protegerla y el hecho innegable de que su participación podría ser la clave para descubrir la verdad. El aire se sentía espeso, asfixiante mientras lidiaba con la decisión ante nosotros.

—Nicholas, no puedo quedarme sentada mientras arriesgas tu vida por mí. —Sus palabras eran suaves, pero resueltas—. Por favor, déjame hacer esto. Déjame trabajar a tu lado.

Mi pulso retumbaba en mis oídos mientras consideraba su súplica. Al final, fue el fuego en sus ojos lo que quebró mi reticencia; no podía negarle esta oportunidad de recuperar el control sobre su propia vida.

—De acuerdo —concedí, la palabra pesada en mi lengua—. Pero procederemos con cautela. En el momento en que perciba peligro, te retiras. ¿Entendido?

Su rostro se iluminó con alivio y gratitud, y asintió fervientemente. —Gracias, Nicholas. Y cuando descubramos quién la mató, yo ejecutaré la venganza.

—Bien —dije, mi corazón aún latiendo fuerte por la gravedad de nuestra decisión—. Ahora necesitamos planear nuestro próximo movimiento.

Mientras comenzábamos a trazar estrategias, admiré la fuerza e inteligencia que Liliana poseía. No había duda de que era una fuerza a tener en cuenta, y juntos enfrentaríamos la oscuridad que amenazaba con consumirnos.

Mientras planeábamos hasta altas horas de la noche, no podía sacudirme la sensación de que nos precipitábamos hacia un abismo, nuestros destinos inciertos. Pero una cosa permanecía clara: cualesquiera que fueran los peligros que nos esperaban, Liliana y yo los enfrentaríamos lado a lado, unidos por nuestro amor y determinación. Porque en este mundo de traición y engaño, solo había una verdad a la que podía aferrarme: mi inquebrantable devoción por la mujer que había capturado mi corazón.

Capítulo 9

Liliana

En el momento en que las puertas del comedor se abrieron, vi a Jocelyn y Abby entrar con vacilación. Sus ojos se agrandaron al ver el pequeño desayuno dispuesto ante ellas. Había instruido a Gina para que preparara solo huevos, tocino y tostadas. Reprimí la rabia ardiente que amenazaba con burbujear dentro de mí, sabiendo que no era culpa de ellas que Luca las hubiera maltratado. En su lugar, esbocé una cálida sonrisa y señalé los asientos vacíos en la mesa.

—Por favor, acompáñenme —las animé con voz suave. La pareja había permanecido encerrada en su habitación desde que llegaron a nuestra casa, el miedo las mantenía escondidas. Era alentador verlas finalmente aventurarse a salir.

—Mami, ¿papá nos encontrará ahora que estamos aquí fuera? —susurró Abby, su vocecita temblando. La inocencia en su pregunta me atravesó como un cuchillo, recordándome las sombras que aún se aferraban a esta familia.

—Abby, cariño —la tranquilizó Jocelyn, acariciando suavemente su cabello—. Estamos a salvo en la casa del señor Romano. Puedes entrar en cualquier habitación pública sin preocuparte por nadie.

A pesar de las palabras de Jocelyn, pude ver la duda parpadear en el rostro de Abby. No creía a su madre, y no podía culparla por ello; estaba segura de que cualquier confianza que tuviera en el mundo había sido robada por su padre.

—Tómense su tiempo para acostumbrarse a la casa y a su nueva libertad —les dije, intentando aliviar sus aprensiones—. No hay prisa.

Mientras las veía acomodarse en sus asientos, sentí que se encendía en mí una feroz protección. Esta madre e hija merecían algo mejor, y juré hacer todo lo que estuviera en mi poder para brindarles la seguridad que tan desesperadamente necesitaban.

Mientras Jocelyn y Abby daban sus primeros bocados tentativos al desayuno, las observé cuidadosamente, notando cómo los ojos de Jocelyn recorrían la habitación. La tensión flotaba pesadamente en el aire, como una tormenta esperando estallar. Era hora de abordar el elefante en la habitación.

—Jocelyn —comencé—, sé que debes tener muchas cosas en mente ahora mismo, pero quería hablar contigo sobre tus planes futuros. —Hice una pausa por un momento, dándole el espacio que necesitaba para pensar—. Queremos ayudarte a construir una vida que sea segura y satisfactoria para ti y para Abby.

Su mirada se dirigió hacia mí, incierta y vacilante, como si estuviera probando las aguas antes de sumergirse. Después de un largo momento, Jocelyn habló, su voz apenas audible.

—No quiero volver a estar involucrada con la mafia nunca más —confesó, sus palabras impregnadas de vulnerabilidad—. Solo... quiero una vida tranquila para Abby y para mí.

Mi corazón dolió ante su admisión, y sentí el peso de la responsabilidad asentarse sobre mis hombros. No sabía cómo había llegado a casarse con Luca, pero sería un honor para mí mantenerla fuera de su alcance.

—Tus sentimientos son completamente comprensibles —le aseguré, mis propias emociones burbujeando bajo la superficie—. Has pasado por tanto, y es natural desear paz y estabilidad.

Sus ojos recorrieron una vez más el opulento comedor, deteniéndose en las paredes intrincadamente talladas y las brillantes arañas. Pude ver cómo lidiaba con la enormidad de su situación, la realidad de su nueva vida amaneciendo sobre ella como el sol coronando el horizonte.

—Gracias, Liliana. Quiero decir, señora Romano —dijo, su gratitud evidente incluso a través de su persistente aprensión—. Significa más de lo que puedo expresar tener a alguien que cuide de nosotras.

—Por favor, llámame Liliana. Si no hubiera sido por tu ayuda, podría haberme rendido en ese terrible sótano. Creo que estamos más allá de las formalidades. Estamos aquí para ti, Jocelyn. Puedes contar con Nicholas y conmigo.

Observé cómo tomaba una respiración profunda, sus hombros subiendo y bajando con el movimiento. Sus ojos se encontraron con los míos una vez más, la chispa de esperanza comenzando a encenderse dentro de ellos.

—De acuerdo —dijo, preparándose para el viaje que les esperaba—. Hablemos sobre nuestro futuro.

Mientras profundizábamos en las complejidades de su nueva vida, me sentí orgullosa de la diferencia que Nicholas y yo haríamos por ellas.

—Jocelyn —dije, mi voz firme pero compasiva—, te prometo que la familia Romano las protegerá a ti y a Abby por el tiempo que lo necesiten. Pueden quedarse aquí todo el tiempo que quieran, y cuando estén listas para estar por su cuenta, las estableceremos en un nuevo estado, lejos de los peligros de Nueva York.

Su mirada se encontró con la mía, un destello de esperanza chispeando en sus ojos tormentosos. El alivio me invadió, aunque estaba teñido de una comprensión tácita del peligroso camino que habían elegido.

—Gracias, Liliana —dijo, su voz apenas audible por encima del tintineo de los cubiertos y el suave roce de las servilletas.

Mientras alcanzaba mi taza de café, noté a Abby sentada en silencio junto a su madre, sus pequeñas manos temblando ligeramente. La visión me conmovió el corazón, y supe que necesitaba ayuda adicional.

—Abby —dije suavemente, mis ojos fijos en los suyos—, ¿estás bien?

—Ha estado luchando desde que llegamos aquí —dijo Jocelyn.

Abby me miró, sus ojos grandes llenos de incertidumbre, y sentí una oleada de protección recorrer mis venas.

—S-sí —tartamudeó, su voz temblando tanto como sus manos—. Es solo que... tengo miedo.

Mi pecho se tensó, y me obligué a mantener una expresión serena mientras respondía suavemente:

—Está bien tener miedo, Abby. Has visto cosas muy aterradoras, pero todo eso ya pasó. Te prometo que haremos todo lo que esté en nuestro poder para mantenerte a ti y a tu mami a salvo.

—Gracias —susurró Abby, sus ojos brillando con lágrimas contenidas.

Le ofrecí una cálida sonrisa, esperando que ahuyentara las sombras que se aferraban a su corazón. En este mundo de oscuridad amenazante, los más pequeños destellos de luz valían la

pena luchar por ellos. Y mientras estaba sentada allí, rodeada de las personas que había jurado proteger, me prometí que nunca dejaría que nuestra llama se extinguiera.

—Jocelyn —comencé con suavidad, mi voz impregnada de empatía—, mencionaste que Abby ha estado luchando desde que escaparon de Luca. ¿Puedes contarme más?

Los ojos de Jocelyn se dirigieron a su hija antes de encontrarse con los míos, con ansiedad evidente en sus profundidades.

—Ha estado teniendo pesadillas —confesó en voz baja—. Se despierta gritando, empapada en sudor. Y durante el día... está constantemente al borde, sobresaltándose incluso con los ruidos más pequeños. Y cada vez que salgo de nuestra habitación, se esconde en el armario.

Una punzada de simpatía me recorrió mientras observaba la expresión atormentada que ensombrecía el joven rostro de Abby. ¿Cómo podía una niña verse obligada a soportar tales horrores? ¿Cómo podía alguien?

—Jocelyn, quiero hacer todo lo posible para ayudar a Abby —juré, mi determinación ardiendo como una llama dentro de mí—. Creo que sería beneficioso para ella ver a un terapeuta infantil, alguien que pueda brindarle la orientación y el apoyo que necesita para sanar de estas experiencias traumáticas.

Por un momento, Jocelyn simplemente me miró fijamente, sus ojos buscando cualquier indicio de falta de sinceridad. Cuando no encontró ninguno, sus hombros parecieron hundirse con alivio.

—Gracias, Liliana —dijo—. Es solo que... no quiero que siga sufriendo así. Ella se merece mucho más.

—Por supuesto que sí —estuve de acuerdo, mi corazón hinchándose de feroz protección. El peso de la responsabilidad se asentó sobre mis hombros, una carga que llevaba voluntariamente—. Te prometo que encontraré el mejor terapeuta para Abby. Nos aseguraremos de que tenga todas las oportunidades para superar su pasado.

—Gracias, Liliana —dijo Jocelyn al fin, su voz vacilante—. Tu amabilidad... significa más para mí de lo que puedas imaginar.

—Por supuesto, Jocelyn. —Le ofrecí una suave sonrisa, mi corazón doliendo por su dolor —. Entiendo lo que es sentirse atrapada por circunstancias fuera de tu control, estar sofocada por el miedo y la incertidumbre. Pero aquí, en esta casa, ambas están a salvo. Y me aseguraré de que Abby reciba la ayuda que necesita.

Jocelyn extendió la mano por encima de la mesa, sus dedos rozando los míos en un toque fugaz. Su gratitud era palpable, pero también lo era su temor.

—No tienes idea de lo mucho que esto significa para nosotras —susurró—. Finalmente tener a alguien que se preocupa... es abrumador.

—Por favor, no le des más vueltas —le aseguré, mis propias emociones burbujeando bajo la superficie. Conocía demasiado bien el peso de las expectativas y el deseo de proteger a aquellos que amábamos. En este mundo patriarcal, donde los hombres dictaban nuestros destinos, me negaba a dejar que su oscuridad nos consumiera.

—Abby estará bien —prometí, mi voz firme y resuelta—. La ayudaremos a encontrar su camino de vuelta a la luz, libre de las sombras que acechan sus sueños.

—Una vez que hayamos encontrado un terapeuta adecuado para Abby —comencé, mi voz firme y decidida—, podremos centrarnos en reubicarlas a ambas en un nuevo estado. Estarán lejos de los peligros de Nueva York y del alcance de Luca.

—¿Será seguro? —preguntó Jocelyn, su mirada oscilando entre su hija y yo. El miedo en sus ojos era palpable, un recordatorio constante del peso opresivo de nuestro mundo.

—Absolutamente —le aseguré, mi tono firme pero compasivo—. Nicholas y yo nos encargaremos personalmente. Entendemos la importancia de la discreción y la seguridad. Nuestros recursos son vastos, y los usaremos para garantizar su seguridad.

Podía sentir el peso de mi responsabilidad, la carga de mantener el honor de mi familia mientras aseguraba el bienestar de aquellos que buscaban refugio dentro de nuestras paredes. Era un equilibrio precario, pero uno que me esforzaría por mantener.

—Gracias, Liliana —susurró Jocelyn, el alivio grabado en sus facciones—. Por todo.

—Tu gratitud es apreciada, pero no es necesaria —respondí, mi voz suave pero inquebrantable—. Tú y Abby están bajo nuestra protección ahora. Eso significa que haremos lo que sea necesario para mantenerlas a salvo.

Jocelyn asintió, sus dedos retorciendo nerviosamente la servilleta en su regazo.

—¿Dónde crees que deberíamos ir? Nunca he vivido fuera de Nueva York.

—Quizás algún lugar más tranquilo, más suburbano —sugerí, mis pensamientos derivando hacia pueblos idílicos y paisajes pacíficos, un fuerte contraste con el oscuro submundo de nuestra ciudad—. Un lugar donde Abby pueda jugar afuera sin miedo, y donde puedan reconstruir sus vidas lejos del caos que las ha atormentado durante tanto tiempo.

—Un lugar con buenas escuelas también —añadió Jocelyn, su voz quebrándose ligeramente.

—Por supuesto —estuve de acuerdo, haciendo una nota mental para investigar posibles ubicaciones una vez que nuestra conversación concluyera—. Encontraremos una comunidad que proporcione tanto seguridad como oportunidades de crecimiento.

Capítulo 10

Nicholas

Permanecía entre las sombras, mi aliento formando vaho en el frío aire nocturno mientras esperaba la llegada de Turner. Dos reuniones en una semana parecían excesivas, pero dijo que tenía las respuestas que yo buscaba. El estacionamiento detrás de la escuela estaba desierto y me sentía expuesto. Debería haber rechazado este lugar. Los árboles detrás del patio de juegos podrían ocultar a una docena de hombres, observando y esperando para eliminarnos.

—Nicholas —la voz de Turner llegó desde atrás, poniéndome tenso. Tenía un don para aparecer sin hacer ruido—. Tengo información sobre el topo de la policía que necesitas saber.

—Habla —ordené, manteniendo un tono cortante. Confiar en Turner no era fácil, especialmente después de las mentiras que había inventado sobre mi padre matando a la madre de Liliana. Sin embargo, aquí estábamos, compartiendo secretos como viejos amigos.

—Joshua Clemmons —dijo, con voz apenas por encima de un susurro, como si temiera que las paredes mismas pudieran estar escuchando—. Ha estado jugando a dos bandas, preparando al departamento para ser tomado por Bianchi y así poder derribar a todas las demás familias.

Joshua Clemmons. Conocía ese nombre. En las dos semanas que Liliana y yo insistimos en tomarnos para conocernos, había investigado a ella y a cualquiera con quien pasara tiempo. Clemmons había salido con la mejor amiga de mi esposa, Sophia, el año pasado. No conocía bien a Sophia, pero sabía que merecía a alguien mejor que un hombre con lealtades cambiantes y una nueva aventura de una noche cada vez que no pasaba con Sophia.

—¿Estás seguro? —pregunté, con la voz tensa por la furia contenida.

—Completamente —respondió Turner, sus ojos encontrándose con los míos con firme determinación—. He visto los archivos que ha estado recopilando. Todo lo que haces está siendo vigilado y documentado. Tiene a oficiales novatos por toda la ciudad vigilando tus negocios.

La traición me carcomía las entrañas, el amargo sabor del engaño deslizándose por mi lengua.

—Gracias por llamar mi atención sobre esto —dije, forzando una apariencia de gratitud a través de los dientes apretados—. Nos ocuparemos de Joshua como corresponde.

—Nicholas, ten cuidado —advirtió Turner, con expresión grave—. No va a caer sin dar pelea.

—Casi me atrapa y se está volviendo sospechoso —continuó Turner, con los ojos recorriendo nerviosamente el estacionamiento—. Necesitas tener cuidado.

Ser cuidadoso se había vuelto mi segunda naturaleza, una lección aprendida a través de años navegando las traicioneras aguas del mundo de la mafia. Pero apreciaba la preocupación de Turner, incluso si estaba impulsada por el instinto de supervivencia. Asentí, con la mirada fija en sus rasgos ansiosos.

—Gracias por la advertencia, Turner. Tú también cuida tu espalda.

El silencio que siguió fue destrozado por el chirrido de neumáticos y el rugido de

motores. Una SUV negra derrapó en el estacionamiento, sus faros cegándonos momentáneamente. Empujé a Turner detrás de mi auto, con el arma desenfundada y lista.

—Parece que nuestro amigo Joshua no está perdiendo el tiempo —murmuró Turner, su respiración entrecortada por el miedo.

—Quédate abajo —ordené, mi voz tensa mientras la adrenalina corría por mis venas. Podía oír mi propio latido, sentir el sudor deslizándose por mi espalda a pesar del frío en el aire.

Clemmons emergió del vehículo, arma en mano. La visión de él encendió un fuego dentro de mí, la rabia bullendo bajo la superficie mientras me preparaba para la confrontación.

—¡Nicholas Romano! —bramó Joshua, su voz destilando arrogancia y confianza mal depositada—. ¿De verdad creíste que no me enteraría?

—Parece que has estado bastante ocupado, Joshua —repliqué, mi tono engañosamente calmado. Necesitaba ganar tiempo, estrategizar y encontrar una manera de darle la vuelta a la situación.

—¡Clemmons, traidor! —escupió Turner con veneno—. ¡Pagarás por tu traición!

Cuando sonó el primer disparo, me lancé detrás de mi auto, sintiendo el ardor de los cristales rotos contra mi piel. Mi mente corría, buscando un plan, mientras mi corazón martilleaba en mi pecho.

—Turner, mantente agachado y dirígete hacia la salida —susurré con urgencia, arriesgándome a mirarlo.

—No, lo voy a arrestar.

—Estás en desventaja —gritó Turner—. Baja tu arma y no tendré que dispararte.

Clemmons se rio.

—No lo creo. Tengo hombres en los árboles, esperando mi señal.

Turner miró hacia atrás.

—Mierda —dijo—. Cuento tres hombres avanzando hacia nosotros.

Mantuve la vista fija en Clemmons, la amenaza inmediata. Teníamos que eliminarlo primero, luego preocuparnos por los otros hombres.

—¿Armas?

—Están demasiado lejos para saberlo.

Me maldije por no haber traído a un hombre conmigo. Sí, había querido mantener en secreto a mi informante, pero podía confiar en Riccardo.

Apagué las luces del parque infantil, esperando cualquier ventaja que la oscuridad pudiera darnos.

La sangre latía en mis oídos mientras me lanzaba hacia Joshua con una feroz determinación, cada músculo tenso y listo para atacar. Mis nudillos conectaron con su mandíbula, el sonido de hueso contra hueso resonando en la noche. Ambos perdimos nuestras armas en el intercambio, pero no me importó. Ningún hombre me ganaba en combate cuerpo a cuerpo.

—¿Es esto lo que querías? —gruñí, mi voz cargada de veneno—. ¿Pensaste que traicionarnos te daría poder?

—¡Tu familia se lo buscó! —escupió, limpiándose la sangre de la boca.

Mientras intercambiábamos golpe tras golpe vicioso, escuché un disparo proveniente de la dirección de Turner.

—Nicholas —la voz tensa de Turner atravesó mis pensamientos. Estaba defendiéndose de uno de los hombres de Joshua, el sudor corriendo por su rostro mientras luchaba por su vida.

—¡Turner, aguanta! —grité, tratando desesperadamente de acabar con Joshua para poder

ir en su ayuda. Pero con cada puñetazo que daba, el dolor irradiaba por mi cuerpo, un recordatorio de las heridas que él me había infligido. Sabía que se me estaba acabando el tiempo.

—Ríndete, Romano —se burló Joshua, abalanzándose sobre mí con su cuchillo. Esquivé la hoja por poco, su filo cortando el aire donde acababa de estar. Mi cuchillo estaba en el coche y no podía alcanzarlo. Mi corazón latía con fuerza, la adrenalina bombeando por mis venas mientras me daba cuenta de lo mucho que estaba en juego en esta batalla.

—Nunca —gruñí, la palabra escapando de mis labios como un juramento primitivo. Desvié su siguiente ataque, sintiendo el dolor ardiente en mi brazo cuando su cuchillo rozó mi piel. El olor metálico de la sangre llenó mis fosas nasales, pero me negué a flaquear.

—Patético —se burló, rodeándome como un depredador. Apreté los dientes, tratando de ignorar el dolor que recorría mi cuerpo. No podía permitirme mostrar debilidad; no cuando había tanto en juego.

—¡Turner! —llamé de nuevo, la preocupación impregnando mi voz al escuchar su respiración entrecortada. Gruñó en respuesta, luchando valientemente contra sus compañeros oficiales que buscaban derribarlo.

—Tu tiempo se ha acabado, Romano —siseó Joshua, abalanzándose sobre mí una vez más. Esquivé la hoja, pero no antes de que se hundiera en mi pierna, enviando una ola de dolor abrasador por mi cuerpo. Contuve un grito, negándome a darle la satisfacción de ver mi agonía.

—Tu caída será tu arrogancia, Joshua —dije, apretando los dientes mientras me obligaba a mantenerme erguido a pesar del dolor. Mi visión se nubló momentáneamente, pero seguí adelante, concentrándome en el hombre que amenazaba todo lo que me era querido.

—¡Basta ya! —rugí, reuniendo las últimas fuerzas mientras me lanzaba hacia él. Nuestros cuerpos colisionaron con un golpe sordo y nauseabundo, y por un momento, el tiempo pareció detenerse.

La respiración entrecortada de Turner luchaba contra el silencio de la noche, y supe que el tiempo se estaba acabando. El frío metal del cuchillo de Joshua aún persistía en mi piel, un doloroso recordatorio de la amarga batalla que habíamos librado.

—Realmente podría usar tu ayuda aquí —jadeó Turner entre sus propias luchas. Sus ojos estaban llenos de determinación, instándome a acabar con Joshua de una vez por todas. No podía permitirme distraerme con la pelea que Turner libraba contra su atacante; en su lugar, me concentré en el hombre frente a mí, el que había traicionado a tantos.

—Tus patéticos intentos no te salvarán, Romano —se burló Joshua, su voz destilando veneno—. Morirás aquí esta noche.

—¡Sobre mi cadáver! —rugí, impulsado por una rabia primaria que corría por mis venas como fuego. Mis heridas gritaban, pero me negué a ceder. No podía permitirme mostrar ninguna debilidad, no cuando la seguridad de mi familia pendía de un hilo.

—Tu deseo es mi orden —respondió Joshua, abalanzándose sobre mí con un gruñido vicioso. Esquivé su ataque, usando hasta la última gota de fuerza para propinarle un feroz golpe en la mandíbula. Su cabeza se echó hacia atrás y trastabilló, momentáneamente desorientado.

—¡Turner! —grité, con la voz tensa por el esfuerzo. Pero no hubo respuesta. Se me cayó el alma a los pies cuando oí un disparo y lo vi desplomarse, su cuerpo sin vida derrumbándose en el suelo. La rabia y el dolor se entremezclaron dentro de mí, alimentando aún más mi determinación.

—Ya nos has quitado suficiente —escupí hacia Clemmons, con la voz cargada de furia desenfrenada—. Esto se acaba aquí.

—Apenas he empezado. Bianchi me prometió un turno con tu esposa y nada me va a

impedir hacerle todas las cochinadas que pueda imaginar —se burló, poniéndose de pie tambaleante. Pero la bravuconería en su voz flaqueó, y la incertidumbre en sus ojos lo traicionó.

—Me subestimas —dije, apretando mi agarre en un trozo de asfalto roto. El frío se filtraba en mi piel, pero no hizo nada para sofocar el fuego que ardía dentro de mí.

—Eso ya lo veremos, Romano —me desafió, abalanzándose una vez más. Pero esta vez, estaba preparado. Con un golpe calculado, estrellé el asfalto contra el cráneo de Joshua. Un crujido nauseabundo resonó en el aire nocturno, y sus ojos se pusieron en blanco mientras su cuerpo se desplomaba en el suelo, inconsciente. Me lancé a por mi arma, pues la pelea aún no había terminado. Girándome, disparé por encima de mi coche para mantener a raya a los hombres de Clemmons. Cojeando, rodeé el coche y encontré solo a un hombre respirando.

—Nicholas Romano —jadeó—, queda detenido...

Le disparé. No iba a permitir que algún policía corrupto intentara arrestarme.

—Turner... lo siento —susurré, con el corazón oprimido por el dolor. Él lo había dado todo para protegerme a mí y a mi familia, y ahora yacía sin vida ante mí, un sacrificio que nunca podría pagar.

Un dolor punzante atravesó mi brazo y mi pierna, arrancándome de la bruma de la victoria. Apretando los dientes, bajé la mirada hacia las manchas carmesí que empapaban mi ropa. La urgencia de mis heridas se hizo demasiado evidente, y supe que necesitaba atención médica inmediata si quería tener alguna posibilidad de sobrevivir.

El sabor metálico de la sangre llenó mi boca mientras me mordía el labio, obligándome a no sucumbir al dolor que amenazaba con consumirme.

Agarré la fría manija de la puerta de mi coche. El intenso frío recorrió mis dedos, anclándome en el momento presente. Me arrastré hasta el asiento del conductor, haciendo una mueca mientras mis heridas protestaban con cada movimiento.

Aceleré a través de los callejones oscuros y las calles traseras, mi conocimiento del trazado laberíntico de la ciudad sirviendo como guía. Las sombras bailaban a lo largo de las paredes, burlándose de mí con su naturaleza esquiva. Mi corazón latía con fuerza, mi cuerpo tenso ante la anticipación de posibles perseguidores. Era un depredador herido, pero no caería sin luchar.

El olor acre de la sangre llenaba el coche, un recordatorio constante de los eventos de la noche. Mi agarre en el volante se tensó, el cuero gimiendo bajo mis dedos. El dolor en mi brazo y pierna palpitaba, pero no había tiempo para la debilidad.

Al girar hacia nuestra calle, la vista familiar de nuestro hogar se alzó ante mí. Una cálida luz se derramaba desde las ventanas, un fuerte contraste con la fría oscuridad que me envolvía. Aparqué el coche y apagué el motor, preparándome para la confrontación que me esperaba dentro.

—Mantén la compostura, Nicholas —murmuré, obligando a mi cuerpo maltrecho a salir del coche—. No puedes dejar que Liliana vea cuánto te ha costado esto.

Cojeé por el camino de entrada, mi respiración entrecortada. El sabor del hierro persistía en mi lengua, el regusto metálico un recordatorio constante de mis heridas. Llegué a la puerta y dudé por un momento, obligando a mis manos temblorosas a estabilizarse. Luego, giré el pomo y entré.

—¡Nicholas! —gritó Liliana, sus ojos abiertos de miedo al ver mi forma ensangrentada —. Oh Dios, ¿qué ha pasado?

—Joshua Clemmons —dije entre dientes, forzándome a mantenerme erguido a pesar del dolor que amenazaba con hacerme caer de rodillas—. Él es el topo, y ha estado usando a Sophia

para recopilar información sobre tu familia. Cuando te casaste conmigo, la usó para averiguar sobre mí.

—¿Turner te dijo esto? —preguntó, su voz temblando de preocupación.

Asentí. —Pagó un alto precio por su lealtad, Liliana. No logró salir de esa emboscada.

Un sollozo ahogado escapó de sus labios mientras se abalanzaba hacia adelante, rodeándome con sus brazos. El contacto envió una descarga de agonía a través de mi cuerpo, pero contuve el grito que amenazaba con escapar. No podía soportar la idea de que ella supiera cuánto dolor sentía.

—Turner... siempre intentó hacer lo correcto por nosotros, incluso cuando dudábamos de él —susurró contra mi pecho, su cálido aliento rozando mi piel—. Le debemos tanto.

Capítulo 11

Nicholas

La cocina estaba en silencio, el aire cargado de una tensión no expresada mientras la doctora Deluca y Liliana atendían mis heridas. Estaba sentado en una silla de madera, en calzoncillos, haciendo muecas mientras Elena inspeccionaba los cortes que me había dejado el cuchillo de Joshua.

—Nicholas —me reprendió Elena suavemente—, tienes suerte de que ninguno de estos cortes haya alcanzado una arteria. Ya estás muy mayor para peleas con cuchillos. —Levantó una gasa empapada de sangre, entrecerrando los ojos con fingida desaprobación—. Eres el don, tienes hombres que pueden salir y hacerse daño por ti.

Por mucho que me doliera admitirlo, tenía razón. Sin embargo, mi orgullo se negaba a ceder tan fácilmente.

—Algunas cosas requieren un enfoque práctico —respondí con brusquedad, aunque mi voz sonaba tensa por el dolor.

El equipo médico estéril —escalpelos relucientes, agujas de sutura curvas y rollos de gasa blanca impoluta— estaba pulcramente dispuesto sobre la encimera de granito pulido. El leve aroma a antiséptico flotaba en el aire, un crudo recordatorio de la violencia que se había desatado antes. Parecía casi irreal que un encuentro tan brutal pudiera remediarse con unas sencillas herramientas y las manos firmes de una médica competente.

Liliana estaba de pie junto a Elena, sus delicados dedos temblando ligeramente mientras me ayudaba a limpiar y vendar las heridas. Sus profundos ojos marrones estaban llenos de preocupación y miedo, pero también había un fuego en ellos, una determinación que me intrigaba.

—¿Estás seguro de que estás bien? —me preguntó Liliana con suavidad, apartándose un mechón de pelo castaño oscuro detrás de la oreja—. No hay vergüenza en pedir ayuda cuando la necesitas.

—Nada que no pueda manejar —murmuré, apretando los dientes mientras Elena suturaba uno de los cortes más profundos. Mi cuerpo se tensó, pero reprimí cualquier signo evidente de debilidad. No podía permitirme mostrar vulnerabilidad, ni siquiera frente a mi esposa y mi médica.

—Tu padre pagó mis estudios de medicina, Nicholas —dijo Elena mientras trabajaba—. Sabía la importancia de tener una médica competente en la familia. Deberías confiar más en quienes te rodean. Sentir dolor no es señal de debilidad, es señal de un sistema nervioso que funciona correctamente.

Cerré los ojos, concentrándome en la sensación del hilo atravesando la carne y anudándose con fuerza. Era extrañamente reconfortante, un contrapunto al dolor que irradiaba de cada punción. Sabía que Elena tenía razón, pero era más fácil decirlo que hacerlo. La confianza no se daba fácilmente en nuestro mundo, y los acontecimientos recientes solo habían reforzado ese hecho.

—Ya casi está —anunció Elena, cortando la última sutura y dando un paso atrás—. Te curarás, pero intenta tomártelo con calma, ¿de acuerdo? Nada de peleas con cuchillos durante al menos una semana. —Me guiñó un ojo, intentando aligerar el ambiente con su broma.

—Gracias, Elena —dije, con la voz sinceramente agradecida. Apreciaba su habilidad, su dedicación y su lealtad a la familia Romano.

Mientras consideraba los acontecimientos de la noche y lo cerca que había estado de la muerte, me di cuenta de que las decisiones que tomaba me afectaban no solo a mí, sino también a aquellos que me importaban, como Liliana. Quizás era hora de replantearme mi enfoque, de confiar más en las personas que me rodeaban y dejar que llevaran parte de la carga.

—Los hombres de mi padre nunca llegaban a casa así —susurró ella, con la voz tensa.

Una breve risa, amarga y sin alegría, escapó de mis labios.

—Los hombres de tu padre se exponían a tanto peligro, si no más, por sus decisiones imprudentes —le dije, con la voz tensa por el dolor contenido—. A ti te protegieron de conocer el alcance de la violencia, y yo quería mantenerte igual de protegida en mi casa.

Su mirada se encontró con la mía, resuelta y feroz.

—No quiero estar protegida —declaró, con voz firme—. Quiero ser tu compañera.

Estudié su rostro, buscando cualquier indicio de duda o vacilación. No había ninguno. Solo determinación, lealtad y una fuerza que no había apreciado del todo antes.

—Eso es todo por ahora, Nicholas. Tómatelo con calma los próximos días para no romper los puntos —dijo Elena antes de volverse hacia Liliana—. Ahora vamos a echarte un vistazo a ti.

Con la atención de Elena centrada ahora en Liliana, observé cómo sus hábiles dedos recorrían los moretones y cortes que se desvanecían en la delicada piel de mi esposa. Su tacto era suave, un marcado contraste con las crueles manos que habían infligido esas heridas.

—¿Has experimentado dolores de cabeza o mareos desde la última vez que hablamos? —preguntó Elena, con voz suave pero autoritaria—. ¿O alguna de tus lesiones ha empezado a dolerte más?

Liliana negó con la cabeza, sus ojos oscuros encontrándose con los de la doctora. —No, creo que estoy sanando bien.

—Sigue monitoreando tus heridas, Liliana —indicó Elena, antes de dirigirse a ambos—. Y llámame si tienes alguna preocupación. Vendré a revisarte mañana.

—Gracias, Elena —murmuró Liliana, con genuina gratitud impregnando sus palabras. Hice eco de su sentimiento, apreciando el apoyo inquebrantable de la doctora en este momento tumultuoso.

Cuando la puerta se cerró tras Elena, dejándonos a Liliana y a mí solos en la habitación tenuemente iluminada, no pude evitar sentir el peso de nuestra situación sobre nosotros. La tensión entre nosotros ardía bajo la superficie, un recordatorio constante del peligro que enfrentábamos y de las medidas que tomaría para protegerla.

—Nicholas —susurró, rompiendo el silencio que se había instalado en la habitación—. No quiero que te contengas conmigo.

—Créeme, desearía poder compartir todo contigo —respondí, mi voz áspera por la emoción—. Pero el mundo en el que vivimos es implacable, y debo protegerte, incluso si eso significa mantener ciertas verdades ocultas.

Sus ojos destellaron con desafío, su mandíbula tensa en una línea obstinada. —No quiero tu protección. Quiero ser tu compañera.

—¿Estás segura? —pregunté, mi corazón pesado por el peso de sus palabras. Por mucho

que deseara protegerla de la dura realidad de nuestras vidas, no podía negar la feroz determinación que ardía dentro de ella.

—Sí —respondió con resolución, su mirada sin vacilar.

—Está bien —cedí, mi pecho apretándose con admiración y miedo a la vez.

—Déjame contarte lo que pasó esta noche —comencé, con voz baja y áspera—. Tres policías corruptos que trabajan para Joshua Clemmons nos emboscaron a Turner y a mí. Estaban esperando en los árboles detrás de la escuela, observando cada uno de nuestros movimientos.

Liliana hizo una pausa por un momento. —Conozco ese nombre. Sophia salió con un policía llamado Joshua Clemmons el año pasado. Qué curioso que este tipo tenga el mismo nombre.

Puse mi mano sobre la suya para suavizar el golpe. —Es el mismo hombre.

Pude ver el miedo en los ojos de Liliana, pero se mantuvo estoica, escuchando atentamente. —Samuel fue valiente y fuerte —continué—. Derribó a dos hombres por su cuenta e hirió al tercero mientras yo luchaba contra Joshua. No habría sobrevivido sin él. —Las palabras eran dolorosas de admitir, un recordatorio de la deuda que tenía con un hombre ahora perdido para siempre.

—Debería llamar a Sophia y decírselo —dijo Liliana, su voz temblando ligeramente.

—No, aún no —respondí, sintiendo mi mandíbula apretarse reflexivamente—. Me resisto a confiar en alguien que no sea parte de la familia Romano. De hecho, podría ser mejor si no hablas con ella por un tiempo.

—No puedo hacer eso —dije firmemente, mi corazón doliendo con el conocimiento de que la verdad solo la pondría en mayor peligro.

—Por favor, Nicholas —suplicó, sus ojos encontrándose con los míos con una resolución inquebrantable—. Mi apellido también es Romano. Recibí palizas por ese nombre. Creo que eso debería comprarme algo de honestidad de mi marido.

Dudé, dividido entre protegerla y honrar su petición. Sopesé los riesgos, sabiendo que compartir la verdad lo cambiaría todo. Pero mientras miraba sus ojos, vi una feroz determinación que no sería negada.

—Está bien —cedí, mi pulso acelerándose con el riesgo de tenerla uniéndose a mí en el negocio—. Mañana, puedes pasar el día conmigo, aprendiendo sobre el negocio de nuestra familia.

Sus ojos se ensancharon con sorpresa antes de que la gratitud inundara sus facciones. —Gracias —exhaló, su alivio palpable.

Extendí la mano y suavemente acuné su rostro, mi pulgar rozando su suave mejilla. —Pero prométeme algo, Liliana —dije, mi voz quebrándose por la emoción—. Prométeme que tendrás cuidado y nunca tomarás riesgos innecesarios. Ya he perdido demasiado y no puedo soportar perderte a ti también.

Ella asintió solemnemente, sus profundos ojos marrones llenos de resolución. —Lo prometo, Nicholas.

—Vamos a descansar —sugerí, mi voz espesa por el agotamiento—. Mañana será un día largo.

Liliana asintió, sus dedos entrelazándose con los míos mientras nos dirigíamos a nuestra habitación. Mientras me sumergía en el sueño, me pregunté cómo esta mujer, a quien solo conocía desde hace unos pocos meses, se había convertido en una parte tan indispensable de mi mundo.

Capítulo 12

Nicholas

Liliana me esperaba fuera de mi oficina a las nueve en punto.

—La primera regla de trabajar para mí es que obedecerás mis instrucciones sin cuestionar. Espero lo mismo de todos los demás, y te exigiré el mismo estándar. ¿Está claro?

—Perfectamente —respondió Liliana, con los ojos brillando de determinación—. Pero ¿no querrás decir trabajar contigo? Somos socios.

Entramos en mi estudio, donde los muebles de madera oscura y las pesadas cortinas de terciopelo creaban una atmósfera sombría. El peso de la responsabilidad se asentó sobre mis hombros mientras le indicaba a Liliana que tomara asiento. Lo hizo con gracia, sin apartar su mirada de la mía.

—Empecemos por revisar nuestra situación actual —dije, abriendo mi libro de contabilidad encuadernado en cuero.

—Los beneficios han sido constantes, pero hay áreas donde estamos perdiendo dinero —le informé, con voz mesurada y sin emoción—. Necesitamos identificar los puntos débiles y rectificarlos.

—Por supuesto —asintió Liliana, tamborileando con los dedos sobre la mesa mientras examinaba el libro de cuentas, con expresión concentrada y calculadora—. ¿Qué hay de las posibles amenazas? ¿Hay alguien que nos deba preocupar particularmente?

Dudé por un momento, dividido entre proteger su inocencia e incluirla en los aspectos más oscuros de nuestro mundo. Pero al final, ella había tomado su decisión, y era mi deber prepararla para lo que pudiera enfrentar.

—Las familias rivales siempre son una preocupación —admití, apretando la mandíbula al pensar en aquellos que buscaban derribarnos—. No se detendrán ante nada para debilitar nuestro control sobre la ciudad.

—Como los Bianchi —dijo ella, con disgusto en su tono.

—Sí, pero hay otras familias de las que también debemos preocuparnos.

—Entendido —dijo—. No te decepcionaré, Nicholas.

—Tu primera tarea —comencé, con voz cargada de autoridad—, es analizar estos registros. Necesitamos asegurar que nuestros beneficios se mantengan altos mientras mitigamos cualquier pérdida potencial.

—Por supuesto —respondió, sus ojos oscuros encontrándose con los míos con determinación.

La lluvia golpeaba contra la ventana, un sombrío telón de fondo para la tarea en cuestión. Miré a Liliana, sus delicados dedos clasificando pilas de registros financieros, su ceño fruncido en concentración.

Tres horas después, me entregó un informe mecanografiado que resumía los registros que le di, anotando ganancias, pérdidas y, lo más importante, sus sugerencias para mejoras. Leí el informe antes de dejarlo sobre mi escritorio. —Muy exhaustivo. Tus sugerencias son similares a

las que obtuve de mi equipo de finanzas.

Ella sonrió. —Bien. ¿Qué más puedo hacer?

—Coordina con nuestros proveedores y gestiona la comunicación con nuestros contactos —instruí, observando cómo asentía solemnemente—. Recuerda, Liliana, este no es un negocio ordinario. Cada decisión tiene consecuencias.

Su mirada nunca vaciló, un testimonio de su inquebrantable resolución. —Lo entiendo, Nicholas. No te decepcionaré.

A medida que avanzaba el día, la observé desde mi escritorio, mi pecho apretándose con una mezcla de orgullo y aprensión. Su inteligencia y recursividad brillaban en cada tarea, su eficiencia superando incluso mis propias expectativas. Sin embargo, con cada éxito, me sentía más intranquilo.

—Nicholas —me llamó Liliana, sacándome de mis pensamientos—. Creo que he encontrado un patrón en las finanzas que sugiere una posible amenaza.

—Muéstrame —exigí, inclinándome para examinar los registros que me presentaba. Los números bailaron ante mis ojos, formando una imagen aleccionadora de vulnerabilidad.

—Sorprendente —murmuré, mi corazón hinchándose de admiración por sus agudas percepciones—. ¿Cómo lo descubriste?

—Atención al detalle —respondió, un destello de orgullo iluminando sus facciones—. Y una comprensión de las tácticas de nuestros enemigos.

Ya no podía negarlo más: Liliana era una fuerza a tener en cuenta, sus habilidades tan cautivadoras como inquietantes.

—¿Qué crees que deberíamos hacer a continuación? —pregunté.

—Yo los confrontaría y luego negociaría un nuevo acuerdo. Uno que nos favorezca enormemente. Si se niegan, le haremos saber a todos lo que han robado y perderán todo su negocio.

No estaba seguro de que fuera la mejor idea. —¿Y si lo intentan de nuevo?

—No lo harán. Los estaré vigilando y me aseguraré de que sepan que nunca tendrán una segunda oportunidad con nosotros.

—Adelante. Llámalos y negocia el mejor acuerdo que puedas. Si te dan problemas, avísame.

Mientras seguíamos trabajando juntos, la presenté a más de mis socios comerciales, diciéndoles que ella representaba a la familia. Sus habilidades de negociación estaban a la par de las mías, pero ¿qué más podía esperar de la mujer que negoció su propio cortejo?

—Nicholas —me llamó, su voz teñida de preocupación—. Tenemos una llamada urgente de uno de nuestros informantes.

—Pásala. —Mi pulso se aceleró cuando la línea telefónica cobró vida, la voz frenética del informante llenando la habitación.

—Jefe, acabamos de recibir noticias de un ataque inminente —siseó el informante, sus palabras cortando la tensión—. Luca Carbone ha estado hablando de recuperar a su familia y planea atacar pronto.

—Entendido —respondí, con la mente acelerada mientras procesaba la información—. Recopila toda la inteligencia que puedas e infórmame de inmediato.

—Lo haré, jefe —afirmó el informante antes de que la línea se cortara.

Mi mente se agitaba con oscuras posibilidades, cada escenario más traicionero que el anterior. Teníamos que mantener a Jocely y Abby a salvo.

El aire estaba cargado de tensión mientras caminaba de un lado a otro en la habitación

tenuemente iluminada, mi mente trabajaba a toda velocidad para formular un plan que contrarrestara los planes de nuestro enemigo. Mis hombres permanecían firmes frente a mí, esperando mis órdenes con una determinación sombría grabada en sus rostros. El constante zumbido de actividad en el fondo solo servía para intensificar la sensación de urgencia que se había apoderado de todos nosotros.

—Riccardo, lleva a tus hombres y fortifica el perímetro —ordené, mi voz resonando con autoridad—. Quiero ojos en cada posible punto de entrada; nada debe pasar.

—Entendido, jefe —respondió Riccardo, asintiendo secamente antes de desaparecer para cumplir sus tareas.

—Marco —continué, dirigiendo mi atención a otro lugarteniente de confianza—. Recopila información sobre los líderes de la banda rival. Necesito saber sus fortalezas, debilidades y cualquier posible punto de presión que podamos explotar.

—Por supuesto, Nicholas —afirmó Giuseppe, su mirada nunca vacilando de la mía. Salió de la habitación, impulsado por la determinación.

Mientras asignaba tareas a cada uno de mis hombres, podía sentir la intensa mirada de Liliana sobre mí. Observaba atentamente mientras coordinaba a mi equipo, sus profundos ojos marrones revelaban una mezcla de admiración e inquietud.

—¿Estás seguro de que este es el mejor curso de acción? —preguntó vacilante, su voz apenas audible por encima de la cacofonía de actividad a nuestro alrededor.

—Confía en mí —dije, cruzando mi mirada con la suya por un breve momento antes de volver a centrarme en la tarea en cuestión—. He estado en este mundo el tiempo suficiente para saber cómo manejar situaciones como esta.

—Matty —llamé a mi experto en tecnología—, monitorea todos los canales de comunicación en busca de cualquier señal de un ataque inminente. Si siquiera susurran sobre ello, quiero saberlo.

—De inmediato, jefe —respondió Matty, saludando antes de correr hacia su puesto.

Mientras mis hombres se dispersaban para cumplir sus órdenes, me tomé un momento para evaluar la situación. Mis instintos me decían que estábamos caminando por una cuerda floja peligrosa, y un paso en falso podría hundirnos en el caos. Sin embargo, al mirar alrededor de la habitación y ver los rostros leales que me habían jurado lealtad, no pude evitar sentir una oleada de confianza. Éramos una fuerza formidable y juntos enfrentaríamos cualquier tormenta que se estuviera gestando en el horizonte.

—Jefe —la voz de Matty cortó el silencio—, hemos interceptado sus comunicaciones. Planean atacar esta noche.

—¿Dónde? —exigí, mi agarre apretándose alrededor del borde de la mesa.

—Aquí —respondió, señalando una ubicación en el mapa—. Vendrán desde múltiples direcciones, intentando tomarnos desprevenidos.

Podía sentir la presencia de Liliana a mi lado, su respiración superficial e irregular mientras procesaba la gravedad de la situación. Su miedo alimentaba mi determinación, encendiendo una feroz resolución dentro de mí.

—Llama a todos —ordené, mi mente acelerada con estrategias y contramedidas—. Lanzaremos un ataque preventivo. Los golpearemos primero, eliminaremos a sus líderes y los dejaremos desconcertados.

—¿Estás seguro de que ese es el mejor curso de acción, Nicholas? —cuestionó Liliana suavemente, con preocupación grabada en su rostro.

—Absolutamente —la tranquilicé, pero mis propios pensamientos traicionaban un atisbo

de duda. ¿Estaba poniéndola en un peligro aún mayor al tomar este enfoque agresivo? Sin embargo, sabía, en el fondo, que si esperábamos a que nuestros enemigos hicieran el primer movimiento, el resultado sería mucho peor.

—Riccardo, reúne a los hombres —instruí, volviéndome hacia mi segundo al mando—. Ármalos con nuestras mejores armas. Esta no es una batalla que podamos permitirnos perder.

—Entendido, jefe —asintió Riccardo, su mirada de acero reflejando la lealtad inquebrantable en la que había llegado a confiar.

Mientras la habitación zumbaba de actividad, miré a Liliana, sus profundos ojos marrones fijos en los míos. Podía ver el peso de la situación presionando sobre ella, pero debajo de ese miedo había una feroz determinación que me inspiraba y me humillaba a la vez.

—Quédate cerca de mí —dije, mi mano encontrando la suya en medio del caos—. ¿Qué tan buena eres con un arma?

Su agarre se apretó alrededor de mis dedos. —En la práctica de tiro soy excelente, pero nunca le he disparado a nadie —Tomó el arma que le ofrecí sin vacilar—. Pero para protegerte, le dispararé a quien sea necesario.

El frío acero de mi arma pesaba en mi mano mientras nos preparábamos para defender nuestro hogar. El aire estaba cargado de tensión, y el bajo rumor de las voces de mis hombres llenaba la habitación.

—Nicholas, voy contigo —insistió Liliana, su voz firme e inquebrantable.

—Quédate detrás de mí. Si alguien me sobrepasa, los derribas, permanentemente.

Mientras nos dirigíamos al frente de la casa, podía sentir la determinación de Liliana pulsando en el aire. Ya no era solo una espectadora, sino una participante activa en nuestra protección. Nuestros enemigos se acercaban en la oscuridad, sus pasos resonando contra la grava bajo sus pies. Había llegado el momento de actuar.

—Preparen sus armas —ordené suavemente, con el corazón latiendo en mi pecho. Mis hombres obedecieron sin dudar, su lealtad nunca vacilante.

El primer disparo resonó como un trueno, rompiendo el silencio de la noche. Entramos en acción, devolviendo el fuego desde nuestras posiciones. Mi concentración se agudizó y disparé varias rondas en rápida sucesión. Dos de nuestros enemigos se desplomaron, sin vida.

—¡Sigan avanzando! —grité, mi voz casi ahogada por la cacofonía de los disparos. A mi lado, Liliana recargó su arma con destreza, su rostro una máscara de feroz determinación.

—Despejado —anuncié, mi voz baja pero firme mientras asegurábamos otra habitación. La tensión entre nosotros era palpable, cada uno sabiendo que un movimiento en falso podría significar nuestra muerte.

—Quédate detrás de mí —le recordé, sabiendo que el peligro que enfrentábamos estaba lejos de terminar. Mientras avanzábamos, la batalla se intensificó, el aire espeso con el acre olor a pólvora y sangre.

—¡Cuidado! —gritó Liliana de repente, su advertencia llegando justo a tiempo para que yo evadiera una lluvia de balas. Giré a la izquierda, abatiendo a nuestro atacante con eficiencia implacable.

—Gracias —respiré, mi corazón retumbando en mi pecho.

—Por supuesto —dijo ella, con un brillo acerado en sus ojos.

Mientras la batalla continuaba, me maravillé de la determinación de Liliana para proteger nuestros intereses compartidos. Su lealtad era inquebrantable y su coraje inspirador. Juntos, luchamos codo a codo, negándonos a dejar que nuestros enemigos ganaran ventaja sobre nosotros.

Sabía que cada bala disparada, cada vida tomada, pesaba mucho sobre ambos. Sin embargo, ya no había vuelta atrás.

—Mantente cerca, Liliana —susurré, mientras nos dirigíamos afuera para encargarnos de los últimos hombres de Bianchi.

Cuando todos los hombres de Bianchi se habían ido, de una forma u otra, le serví a Liliana un whisky en mi oficina.

—Nicholas —susurró, su voz apenas audible por encima de los ecos lejanos de disparos que aún reverberaban en la noche—. ¿Qué pasa ahora?

Me volví para mirarla, mis ojos azules fijos en los suyos, buscando cualquier indicio de miedo o duda. Pero todo lo que encontré fue un desafío feroz que me asombraba e inquietaba a la vez.

—Ahora, nos preparamos para el próximo desafío —respondí, mi tono medido y deliberado—. Bianchi debe estar desesperado a estas alturas, y cuanto más desesperado se vuelva, más errores cometerá. La guerra está casi terminada.

La observé mientras bebía, sus manos tan firmes como las de un cirujano. Estoy seguro de que Giovanni Ricci pensó que obtuvo mucho por su hija en nuestro trato, pero yo sabía que era yo quien había salido ganando.

Dejó su vaso vacío, se levantó el vestido y se quitó las bragas. —Follemos.

Parpadeé sorprendido, atónito por la audacia de mi esposa. Una vez que recuperé mi capacidad de pensar, asentí. —Hagámoslo.

Me arrodillé frente a ella, preparado para mostrarle cuánto anhelaba su sabor.

Ella se inclinó, agarrando mi cabello, manteniéndome cerca mientras la devoraba como si fuera mi última comida. Mi polla, dura como el acero, palpitaba contra mi cremallera, ansiando liberación.

Antes de que pudiera llegar al clímax, dio un paso atrás. —Acuéstate en el escritorio —ordenó.

Nunca había estado tan agradecido de tener un escritorio vacío en mi vida. —¿Me quito los pantalones? —pregunté.

Negó con la cabeza, así que me acosté en el escritorio, preguntándome qué tenía en mente para mí.

Desabrochó mis pantalones, liberando mi polla del confinamiento. La tomó en su boca, chupándola profundamente, su lengua girando alrededor de la cabeza antes de llevarla hasta el fondo de su garganta. Mi espalda se arqueó involuntariamente y gemí de necesidad por mi esposa. Agarré su cabello, manteniéndola en su lugar, instándola a tomarme más profundo.

Tampoco me dejó llegar al clímax. Justo cuando mi polla estaba palpitando y mis bolas se tensaban, me soltó. Se subió encima de mí y empujó mi cabeza y hombros hacia abajo en el escritorio. Sin preámbulos, se hundió sobre mi polla. Gimió y se apretó a mi alrededor y supe que no podría aguantar mucho más.

—Cara mia —jadeé mientras ella empezaba a follarme—. No voy a durar.

—Sí, lo harás. No te corres hasta que yo lo diga.

Me quedé inmóvil, sabiendo que desobedecerla no era una opción. Pero dios, lo único que quería era perder el control con ella. —Esperaré —prometí sin aliento.

Sus ojos bailaban con picardía y dominio. —Buen chico —susurró antes de sentarse sobre mí de nuevo, llevándome más profundo dentro de ella con cada movimiento descendente.

Me sonrió. —No quieres ganarte un castigo, ¿verdad?

En este momento, aceptaría cualquier cosa que ella quisiera darme. —No. Sí. No lo sé.

Me aferré a sus caderas con fuerza, los nudillos blancos por el esfuerzo que me costaba controlarme.

—Te lo advertí, ¿no? —sonrió con suficiencia, sus ojos llenos de una mezcla de satisfacción y triunfo.

Moví una mano hacia su clítoris, sabiendo que necesitaba hacerla llegar al clímax. Apartó mi mano de un golpe y dejó de moverse. Levanté mis caderas, desesperado por mantener nuestro ritmo.

—Para —ordenó.

Lo intenté, pero no pude. —No, Liliana. No puedo. No puedo esperar.

Las lágrimas corrían por mis mejillas mientras luchaba por controlar mi cuerpo. Se inclinó hacia adelante y me besó, y todo mi mundo estalló en una luz blanca. No podría decirte qué dije o hice, solo que nunca había sentido una dicha tan completa, increíble y perfecta en mi vida.

Cuando volví en mí, ella todavía estaba allí, descansando suavemente sobre mí. Besé la parte superior de su cabeza. —Soy tuyo, Liliana. Todo tuyo.

Capítulo 13

Nicholas

La atmósfera en mi oficina estaba cargada de tensión, la tenue luz proyectaba sombras amenazantes en las paredes. Me encontraba de pie detrás de mi imponente escritorio de caoba, una fortaleza de poder que me separaba de Marco y Liliana. Mis dedos se aferraban al borde de la fría superficie, mientras la fotografía que había llegado por correo apenas unas horas antes ardía en mi mente.

—Explícame esto —exigí, levantando la foto de Marco y Francesca juntos. Sus cuerpos estaban pegados, con la cabeza de ella echada hacia atrás en una carcajada, mientras el brazo de Marco rodeaba su cintura de manera protectora. Era una imagen que me desgarraba las entrañas, llenándome de una furia que luchaba por contener. ¿Por qué Marco había estado con la mujer responsable del secuestro de mi esposa?

—Ah, eso —dijo Marco, con voz temblorosa, traicionando su incomodidad. Dio un paso adelante, sus ojos alternando entre la foto y mi rostro—. Nicholas, eso fue hace siglos... cuando salías con Francesca. Ya sabes cómo eran las cosas en aquel entonces.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Bueno, jefe, ella se arrojaba a los brazos de cualquier hombre que pudiera. Todos intentábamos rechazarla, pero es muy agresiva.

Pude ver a Liliana tensarse por el rabillo del ojo, con sus delicadas manos fuertemente entrelazadas, revelando su propio malestar.

—¿Es así? —pregunté, con la voz destilando un desprecio apenas contenido. La lealtad que había demostrado a lo largo de los años pesaba sobre mí, nublando mi juicio.

—Absolutamente —insistió Marco, sin apartar la mirada de la mía—. Sabes que nunca te traicionaría a ti ni a la familia Romano, Nicholas. Te he sido leal durante años.

Vacilé, sintiendo el peso de nuestra historia compartida sobre mí. Me volví hacia Liliana, buscando en sus profundos ojos marrones alguna señal de orientación. Vi cómo revivía el dolor de su secuestro.

—Nicholas —susurró Liliana, con voz apenas audible—. Sabes que no puedes bajar la guardia, especialmente cuando se trata de... ella.

Sus palabras dolieron, pero sabía que decía la verdad. La confianza era un lujo que no podíamos permitirnos, y la lealtad a menudo no era más que una fachada.

—No saquemos conclusiones precipitadas —dije lentamente, mi voz revelando un atisbo de incertidumbre—. Marco ha estado con nosotros en las buenas y en las malas. Deberíamos darle la oportunidad de explicarse.

Con una última mirada a la foto, la dejé sobre mi escritorio, la imagen grabada en mi mente como una herida abierta. Y mientras miraba a los ojos de Marco, buscando la verdad que yacía oculta debajo, me encontré dividido entre la lealtad y la sospecha, atrapado en una red de engaños que amenazaba con consumirnos a todos.

—Marco —comencé lentamente, levantando la esquina de la fotografía para revelar la

fecha—. Esta foto fue tomada hace apenas unos días.

Sus ojos se agrandaron y, por un momento, creí ver un destello de pánico. Pero desapareció tan rápido como apareció, reemplazado por una expresión resuelta. Negó vehementemente con la cabeza, rechazando con firmeza la acusación.

—Nicholas, tienes que creerme. Esa fecha es falsa. Nunca me acercaría a Francesca, no después de todo lo que ha pasado —su voz era firme, pero teñida de desesperación—. Soy leal a la familia Romano, siempre lo he sido.

Mientras escuchaba sus palabras, recordé los años que habíamos pasado juntos, luchando codo con codo como hermanos de armas. Las innumerables batallas que habíamos ganado, los sacrificios que habíamos hecho para proteger el legado de nuestra familia. ¿Podría todo eso no ser más que una mentira bien elaborada? ¿Una cortina de humo diseñada para ocultar el corazón traicionero que latía en el pecho de Marco?

—Nicholas —dijo Liliana, su voz tirando de los bordes de mis pensamientos—. Recuerda lo que está en juego aquí. No podemos permitirnos cometer errores. Necesitas estar seguro antes de tomar medidas.

Sus palabras atravesaron la niebla de incertidumbre que nublaba mi mente, aguzando mi enfoque como el filo de una navaja. Si no era un traidor y lo echaba, fácilmente se convertiría en uno. Por otro lado, si dejaba a un traidor entre nosotros, no habría forma de saber qué daño adicional causaría.

—Da un paso atrás, Marco —dije, con voz baja y autoritaria—. Déjame ver las cosas con una perspectiva clara.

Dudó por un momento, sus ojos escrutando los míos en busca de algún indicio de comprensión. Luego, con un profundo suspiro, se alejó del escritorio, con las manos levantadas en un gesto de rendición.

—Nicholas —susurró, su voz apenas audible por encima del sonido de mi propio latido —. Soy leal, lo juro.

Mientras las palabras flotaban en el aire entre nosotros, sentí el peso de la decisión que tenía ante mí: confiar o dudar, creer o cuestionar. Y mientras miraba a los ojos de Marco, oscuros y llenos de una súplica no expresada, me encontré atrapado entre las mareas de la lealtad y la sospecha, inseguro de qué camino seguir.

—Creo que Riccardo está tratando de tenderme una trampa —declaró, su voz una mezcla de desafío y desesperación—. He visto cómo mira a Liliana. No está bien. Tuve que enfrentarlo por eso.

Los ojos de Liliana se agrandaron, un destello de vulnerabilidad cruzó su rostro antes de que rápidamente lo enmascarara con una expresión neutral. Mi pulso se aceleró al oír su nombre, mis instintos protectores encendiéndose.

—¿Riccardo? —cuestioné, mi tono teñido de duda. Marco asintió, con una mirada determinada en sus ojos mientras continuaba.

—Nicholas, él quiere que me vaya. ¿Y qué mejor manera de hacerlo que sembrando semillas de duda y discordia? Soy leal a ti y a la familia Romano. —Hizo una pausa, tragando con dificultad—. Por favor, tienes que creerme.

Estudié a Marco, observando su expresión sincera y el ligero temblor de sus manos. La posibilidad de que Riccardo, mi amigo de la infancia y confidente, nos traicionara parecía absurda.

—Sal de mi oficina, Marco —ordené, mi voz fría e implacable. Se estremeció ante mi tono áspero, pero inclinó la cabeza en sumisión, abandonando la habitación sin decir una palabra

más.

Cuando la puerta se cerró tras él, alcancé el teléfono en mi escritorio, mis dedos enroscándose alrededor del frío metal mientras marcaba el número de Riccardo. —Vigila a Marco —instruí cuando contestó, mi voz tensa con ira contenida—. Obsérvalo de cerca e infórmame.

—Entendido, jefe —respondió Riccardo, la lealtad inquebrantable en su voz disipando toda duda sobre él de mi mente.

—Nicholas —murmuró Liliana, su mano descansando suavemente sobre mi brazo—. ¿Qué vas a hacer?

—Proteger a esta familia —respondí, mi voz un gruñido bajo. Y mientras pronunciaba esas palabras, supe que eran ciertas: no permitiría que la traición o el engaño nos destrozaran, sin importar el costo.

Me levanté de detrás del escritorio, mis movimientos lentos y deliberados mientras caminaba por la habitación tenuemente iluminada. Mis dedos recorrieron los lomos de libros encuadernados en piel, sus títulos en relieve sirviendo como un recordatorio de los muchos secretos contenidos dentro de estas paredes.

—Es la forma en que habló sobre Riccardo —dije, reflexionando sobre los detalles de nuestra confrontación—. Sus acusaciones eran tan específicas, tan directas. Sabía que tú eres mi único punto débil y con Riccardo fuera, él sería mi elección natural para segundo al mando.

Liliana siguió mis movimientos, su delicada figura posada en el borde del sofá, sus piernas cruzadas recatadamente a la altura de los tobillos. Escuchaba atentamente, su ceño frunciéndose en concentración mientras consideraba mis palabras.

—O tal vez es simplemente el hecho de que no puedo quitarme de la cabeza la imagen de él con Francesca —añadí, mi voz tensándose de ira ante el mero pensamiento de su traición—. Independientemente de si la fotografía es real o no, la idea de que pudiera estar involucrado con ella... es imperdonable.

—Estoy de acuerdo —dijo Liliana, levantándose con gracia de su asiento para acercarse a mí. Sus esbeltos brazos rodearon mi cintura, y sentí su calidez infiltrarse en mí, proporcionando una pequeña medida de consuelo en medio del caos.

Capítulo 14

Liliana

La araña de cristal proyectaba un tenue resplandor sobre el opulento comedor donde me encontraba sentada a la mesa elaboradamente dispuesta con Nicholas y Riccardo. Los candelabros dorados parpadeaban mientras las sombras danzaban en las paredes, creando una atmósfera inquietante que se asentaba pesadamente sobre nosotros.

Mi corazón latía aceleradamente en mi pecho, la sangre retumbaba en mis oídos mientras jugueteaba con los cubiertos, luchando por mantener mis manos firmes. Mi agarre se tensó alrededor del delicado tenedor, el frío metal presionando contra mi piel. Mis ojos saltaban entre Nicholas y Riccardo, sus rostros tensos e indescifrables. La incertidumbre me carcomía, y temía lo que sucedería una vez que comenzaran las acusaciones.

—¿Está todo bien, Liliana? —preguntó Nicholas, su voz suave y profunda, aunque el tono de preocupación en su voz era inconfundible.

—Por supuesto —respondí, forzando una sonrisa en mis labios—. Solo estoy un poco nerviosa, supongo.

—Tus nervios son comprensibles después de todo lo que has pasado —intervino Riccardo, ofreciendo un asentimiento tranquilizador—. Pero recuerda, aquí todos somos familia.

Si solo fuera tan simple. Familia o no, no podía sacudirme la sensación de pavor que se filtraba en mis huesos, apretando su agarre en mi corazón con cada momento que pasaba.

Mis pensamientos corrían, buscando una manera de disipar la tensión que pendía entre nosotros como una nube oscura. Pero las palabras me eludían, dejándome atrapada dentro de mi propia mente, una testigo silenciosa de la tormenta que se avecinaba frente a mí.

—Riccardo —comenzó Nicholas, su voz baja y autoritaria mientras fijaba su mirada en su amigo—. Tengo razones para creer que hay un topo entre nuestras filas, y tu nombre ha sido mencionado.

Mi respiración se entrecortó, y no pude apartar la mirada de Riccardo, quien enfrentó la acusación de Nicholas con una expresión impasible. Estos próximos minutos marcarían el fin para uno de los hombres de mi esposo.

—Nicholas, te aseguro que no estoy traicionando a esta familia —respondió Riccardo, su voz firme, aunque pude escuchar el más leve indicio de dolor bajo ella.

—Entonces explica las filtraciones de información, Riccardo. Explica cómo Francesca pudo acercarse lo suficiente a Liliana para llevársela —los ojos azul hielo de Nicholas taladraron a Riccardo, y sentí que la temperatura en la habitación bajaba varios grados.

Observé el intercambio, sintiendo el peso de sus palabras como un golpe físico. Los recuerdos de risas compartidas y secretos susurrados arremolinaban en mi mente, entrando en conflicto con las oscuras sospechas que amenazaban con destrozar los lazos de confianza entre todos nosotros. Mis pensamientos corrían, buscando una forma de reconciliar al hombre que yo sabía que era Riccardo con las acusaciones lanzadas contra él.

—Nicholas —interrumpió Riccardo, la desesperación filtrándose en su voz—. Sabes que

nunca te traicionaría a ti o a la familia. He arriesgado mi vida por ti, una y otra vez.

—Eso no es una explicación. Dime cómo Turner y yo fuimos emboscados; él no era lo suficientemente estúpido como para decirle a alguien que se reuniría conmigo. La filtración tuvo que venir de esta casa.

La habitación quedó en silencio mientras Riccardo miraba las profundidades de la penetrante mirada de Nicholas, buscando una forma de restaurar la confianza de su amigo. La tensión entre ellos era como un cable tenso, amenazando con romperse en cualquier momento y enviar fragmentos de confianza rota volando por el aire.

Riccardo dudó, las líneas de su rostro endureciéndose mientras sopesaba la gravedad de sus próximas palabras. —Me duele decir esto, pero quizás... quizás deberíamos estar mirando a Marco.

—¿Marco? ¿Por qué él?

—Piénsalo —insistió Riccardo, la desesperación arrastrándose en su tono—. Siempre ha estado en los márgenes, nunca encajando del todo, a pesar de sus esfuerzos. Y últimamente, ha estado pasando mucho tiempo con algunos personajes cuestionables.

Mi mente corría, rindiéndose al torbellino de dudas mientras consideraba la posibilidad. Es cierto, Marco siempre pareció tener un aire de descontento, siempre hambriento de algo justo fuera de su alcance. Pero, ¿podría ser realmente él quien nos estaba traicionando?

—Ten cuidado en quién confías —advirtió Riccardo en voz baja, sus ojos oscuros de preocupación—. Yo moriría por ti o tu familia. ¿Marco dice lo mismo?

Sus palabras quedaron suspendidas pesadamente en el aire, un escalofriante recordatorio del peligroso mundo en el que vivíamos, donde los secretos eran moneda de cambio y la lealtad era un lujo que pocos podían permitirse. El juego que jugábamos era de poder y control, y las consecuencias de perder eran devastadoramente altas.

—Riccardo —dijo Nicholas entre dientes apretados, su voz baja y amenazante—, te conozco toda mi vida. Quiero creerte, pero debes entender mi posición.

Mi corazón dolía por él, dividido entre su lealtad a su amigo más antiguo y la necesidad de proteger a su familia a toda costa.

Capítulo 15

Liliana

El teléfono sonó, sacándome de mi ensimismamiento. Habían sucedido tantas cosas en los últimos meses que necesitaba tiempo para reflexionar sobre todo. Lo cogí y escuché la voz ansiosa de Sophia al otro lado. —Liliana, necesito veros a Nicholas y a ti inmediatamente. Es sobre mi exnovio, Joshua. Hay algo importante que ambos debéis saber.

Un escalofrío me recorrió la espalda, su tono enviaba una advertencia ominosa. —De acuerdo, Sophia. No te preocupes, enviaré a un conductor para que te recoja en tu casa.

—Gracias —susurró, y la línea se cortó.

Me volví hacia Nicholas, quien me había estado observando con una mezcla de curiosidad y preocupación. Sus penetrantes ojos azules escudriñaron los míos, exigiendo respuestas. —Tenemos una reunión con Sophia —expliqué, con el corazón acelerado—. Tiene información importante sobre su exnovio que necesitamos escuchar.

Arqueó una ceja, la sombra de su barba solo acentuaba su autoridad. Sonreí al ver su reacción. —Así es como se ve tener a tu esposa como socia —le dije, con voz firme pero sabiendo que estaba poniendo a prueba los límites de nuestra asociación.

—En efecto —respondió, con voz baja y mesurada—. ¿Cuándo llegará?

—He enviado a Enzo a recogerla —dije, sentándome en el sillón de cuero, sintiendo su frío abrazo envolverme—. Debería estar aquí en menos de una hora.

Mientras el tiempo pasaba, mis pensamientos corrían a la par. ¿Qué podría ser tan vital para que Sophia necesitara hablar con nosotros de inmediato? Mi intuición me gritaba, instándome a prepararme para lo peor. Las familias de la mafia vivían con el peligro, y por mucho que intentara proteger a Sophia de nuestro mundo oscuro, temía que ese tiempo hubiera llegado a su fin.

El reloj de pie en la esquina sonó, su tono sombrío resonando por la habitación y sacándome de mis pensamientos. La hora había llegado. Miré hacia la puerta de la oficina, sintiendo que el nudo de ansiedad en mi estómago se apretaba aún más.

Como si fuera una señal, la puerta se abrió para revelar a Enzo, su rostro indescifrable mientras acompañaba a Sophia a la oficina de Nicholas. Sus ojos estaban abiertos de miedo, sus manos temblaban ligeramente mientras se aferraba a la correa de su bolso. Verla así me provocó un escalofrío.

Corrí hacia ella y la abracé. —Sea lo que sea, podemos arreglarlo —dije suavemente, mi voz apenas audible sobre los latidos de mi corazón.

—Por supuesto —susurró, su mirada saltando entre Nicholas y yo—. No sabía a quién más acudir.

—Por favor, toma asiento —ofreció Nicholas, señalando la silla frente a su escritorio. Sophia dudó por un momento antes de hundirse en el mullido asiento de cuero.

—¿Qué es lo que necesitas decirnos? —pregunté, esforzándome por mantener mi voz estable. Mi mente divagaba con posibles secretos y traiciones, cada uno más amenazante que el

anterior.

El labio inferior de Sophia tembló mientras las lágrimas llenaban sus ojos. —Es Joshua —soltó, sus dedos aferrándose a los reposabrazos de la silla hasta que sus nudillos se pusieron blancos—. He estado viéndolo de nuevo... mi exnovio, quiero decir... y solo ahora se me ha ocurrido que podría estar... usándome. Para obtener información sobre Nicholas.

Mi corazón dio un vuelco ante su confesión, mis peores temores confirmados. Sentí una oleada de ira creciendo dentro de mí, pero la aparté, concentrándome en cambio en la vulnerabilidad en los ojos de Sophia.

—¿Estás segura de esto? —preguntó Nicholas, su voz fría y controlada. Se reclinó en su silla, sus ojos azules fijos en Sophia como un depredador esperando para atacar.

—Yo... creo que sí —tartamudeó Sophia, su voz apenas un susurro—. Ha estado haciéndome todas estas preguntas sobre vosotros dos, sobre la familia... No tenía sentido hasta ahora.

—Ya sabíamos que estaba investigando a Nicholas. Nos encargaremos de esta situación. No te preocupes.

Ella asintió, con lágrimas corriendo por sus mejillas mientras miraba entre Nicholas y yo, buscando seguridad en nuestros rostros. Intenté ofrecerle una sonrisa reconfortante, pero el peso del conocimiento que nos había traído me oprimía como un pesado manto.

—¿Puedes decirme por qué Joshua querría información sobre Nicholas? —preguntó, con la voz apenas por encima de un susurro—. ¿Qué podría saber yo que la policía no pueda averiguar por su cuenta?

La pregunta quedó suspendida en el aire, y miré a Nicholas, cuyos ojos se habían oscurecido con una intensidad tácita. Cuando nuestras miradas se encontraron, el peso de la decisión que teníamos ante nosotros se hizo evidente. Era hora de que Sophia conociera la verdad sobre nuestra familia.

Tomé una profunda bocanada de aire, preparándome para la revelación que estaba a punto de compartir. Nicholas me dio un asentimiento tranquilizador, y me concentré en la expresión ansiosa de Sophia.

—Nicholas es el jefe de la familia mafiosa Romano —comencé lentamente, observando cómo sus ojos se abrían de asombro—. La policía siempre está buscando formas de recopilar información sobre nosotros. Usarán cualquier medio necesario, incluso si eso significa usar a Joshua para manipularte.

Sophia me miró fijamente, con la boca abierta por la incredulidad. Pareció incapaz de encontrar palabras por un momento, y luego finalmente tartamudeó una pregunta.

—¿Tú... te casaste con la mafia? ¿Sabías lo que estabas haciendo?

—Por supuesto que lo sabía —respondí, con voz firme—. No fue una decisión que tomé a la ligera, pero elegí casarme con él por la familia, la mía y la suya.

Pude ver la miríada de emociones que cruzaban el rostro de Sophia: shock, confusión y quizás incluso un atisbo de asombro.

—¿Cómo vives con ello? —preguntó en voz baja—. ¿Sabiendo el peligro que conlleva ser parte de una familia mafiosa?

—Fuerza y confianza —respondí, con la voz cargada por el peso de la verdad—. Confiamos los unos en los otros y en nuestros hombres. Tenemos códigos y reglas que pueden parecer duras, pero están diseñadas para protegernos y mantener el orden.

—¿Tienes miedo? —susurró Sophia, sus oscuros ojos escrutando los míos en busca de la verdad.

—A veces —admití, sintiendo un familiar escalofrío recorrer mi espalda—. Pero no podemos vivir con miedo. Debemos enfrentarlo de frente y luchar para proteger lo que es nuestro.

Los ojos de Sophia oscilaron entre Nicholas y yo, su mirada deteniéndose en la forma en que nuestras manos estaban fuertemente entrelazadas. Podía verla luchando por procesar esta nueva realidad, sus emociones un torbellino de incertidumbre y miedo.

—Escucha con atención, Sophia —dijo Nicholas, su voz firme pero gentil—. Ahora que has venido a nosotros con esta información, estás en peligro. Necesitas quedarte aquí con nosotros hasta que podamos resolver la situación con tu ex.

Mientras hablaba, mi mente se adelantaba a lo que realmente significaba "resolver la situación". Sabía que probablemente terminaría en derramamiento de sangre; estas situaciones raramente terminaban de otra manera. Pero no podía obligarme a decirle a Sophia la oscura verdad. En su lugar, me concentré en mantenerla a salvo y tranquilizarla de cualquier manera que pudiera.

—¿Q-qué quieres decir? —tartamudeó Sophia, sus ojos moviéndose rápidamente entre Nicholas y yo—. ¿Cuánto tiempo tendré que quedarme aquí?

—Aún no lo sabemos —admití, forzando una sonrisa en mis labios—. Pero confía en nosotros, Sophia. Haremos todo lo que podamos para protegerte.

Nicholas asintió en señal de acuerdo, pero el peso de nuestras palabras pareció aplastar aún más a Sophia. Miró alrededor de la habitación como si buscara una salida, su cuerpo temblando de miedo. Quería acercarme y consolarla, pero sabía que necesitaba tiempo para procesar todo.

—¿Están seguros de que no hay otra manera? —preguntó, con voz apenas audible—. Nunca quise nada de esto.

—Exactamente —intervino Nicholas, su mano encontrando la mía y apretándola suavemente—. Te ayudaremos a superar esto, Sophia. No estás sola.

Miré a los ojos llenos de lágrimas de Sophia y esperé que pudiera encontrar consuelo en nuestras palabras. Conocía demasiado bien la sensación de traición y el dolor de ser utilizada por alguien que creías que te amaba.

Observé cómo el rostro de Sophia se contorsionaba de pánico, sus manos retorciéndose ansiosamente. —No puedo quedarme aquí —soltó de repente—. Tengo que ir a trabajar, mi familia me espera para la cena del domingo, y Joshua sospechará si no me reúno con él para tomar un café más tarde.

Sus palabras salieron atropelladamente, y pude ver la desesperación en sus ojos. Estaba atrapada entre dos mundos: aquel del que había formado parte sin saberlo a través de Joshua, y aquel al que la invitábamos a entrar por su propia seguridad.

—Escucha, Sophia —dije suavemente, tomando su mano para ofrecerle algo de consuelo —. Es probable que Joshua te haya hecho seguir y ya sepa lo que está pasando.

Su pecho se agitó mientras luchaba por contener las lágrimas, y supe que la verdad era una píldora amarga de tragar. Mi corazón se dolía por ella, pero no había otra manera de afrontarlo. Teníamos que mantenerla a salvo, aunque eso significara alejarla de todo lo que conocía.

—Nicholas tiene razón. Puedes dejar tu trabajo y quedarte con nosotros todo el tiempo que necesites —le aseguré—. Cuando sea seguro para ti volver a tu apartamento, te prometemos que te ayudaremos a encontrar un nuevo trabajo.

La mirada de Sophia osciló entre Nicholas y yo, la incertidumbre nublando sus profundos

ojos marrones. Era evidente que la gravedad de la situación estaba calando, pero también lo hacía el miedo a perder su independencia y la vida que había construido para sí misma.

—Por favor, Sophia —supliqué, con la voz apenas audible—. Solo queremos lo mejor para ti. Confía en nosotros.

—Confía en nosotros —repitió Nicholas, su voz firme pero tranquilizadora. Se acercó a Sophia, extendiéndole una mano como si le ofreciera un salvavidas—. Eres la mejor amiga de Liliana y no hay nada que no haré para protegerte.

Sophia dudó, su mirada saltando de la mano extendida a las expresiones solemnes en nuestros rostros. La habitación parecía cerrarse a nuestro alrededor, las sombras proyectadas por la tenue luz cayendo como un peso opresivo.

—De acuerdo —susurró, tomando finalmente mi mano—. Me quedaré aquí... por ahora.

—Bien —dijo él, con un destello de alivio cruzando su rostro.

Mientras Sophia asentía en señal de acuerdo, sentí una punzada de culpa. Joshua la había arrastrado a nuestro mundo sin previo aviso, y ahora tendría que asumir las consecuencias de sus elecciones. Pero al mirar a Nicholas —mi esposo, mi protector, el hombre que me había ayudado a navegar por la oscuridad de nuestro propio pasado— supe que haríamos todo lo que estuviera en nuestro poder para protegerla de la tormenta que se avecinaba.

—Miren —dijo ella, con la voz temblorosa pero resuelta—, agradezco todo lo que me están ofreciendo, pero no quiero un trabajo con la mafia. Nunca pedí nada de esto.

Nicholas la estudió por un momento, sus ojos azules penetrando a través de la tenue luz. Emanaba un aura de calma autoridad, pero yo lo conocía lo suficiente como para reconocer las turbulentas emociones ocultas bajo la superficie.

—Por supuesto —respondió suavemente, con un tono medido y deliberado—. Nunca esperaríamos que te involucraras en nuestro mundo en contra de tu voluntad. Te prometo, Sophia, que te ayudaremos a encontrar el trabajo que quieras.

Sophia vaciló, su mirada fija en la de Nicholas. El peso tácito de sus palabras flotaba pesadamente en el aire, un recordatorio del poder que ejercía, la influencia que tenía sobre nuestras vidas. Pero también había algo más: una preocupación genuina por su bienestar, un deseo de protegerla de la oscuridad que nos rodeaba.

—Está bien —murmuró, sus hombros cayendo en una aceptación reticente—. Pero necesito asegurarme de que mi familia también esté a salvo. No pueden saber nada de esto.

—Entendido —respondió Nicholas, dándole un asentimiento solemne. Su naturaleza protectora y su poderosa presencia parecieron calmar algunos de sus temores—. Haremos todo lo posible para garantizar su seguridad.

Capítulo 16

Nicholas

El teléfono sobre mi escritorio vibró, proyectando un tenue resplandor sobre la caoba pulida. Lo cogí, y la pantalla mostraba un mensaje sin leer de Marco Mancini. Las palabras eran breves y concisas.

—Reúnete conmigo esta noche. Tu almacén a las afueras de la ciudad. Solo.—

Un escalofrío de sospecha recorrió mi espalda. Había logrado eludir a mis hombres durante días, y no necesitaba más pruebas de que era el topo que estaba buscando. La reunión que había convocado era en un lugar apartado, propicio para una traición. Tenía la creciente convicción de que Marco era el topo, trabajando con Joshua para socavar el imperio de mi familia.

—Riccardo— dije, llamando a mi amigo de la infancia y mano derecha. Su lealtad hacia mí era inquebrantable, nuestro vínculo forjado a través de la adversidad compartida. Entró en la habitación con una intensidad silenciosa, sus ojos fijos en los míos.

—Marco ha solicitado una reunión esta noche. A solas— le dije, con voz baja y medida. —Reúne a los hombres aquí. Necesitamos prepararnos para un enfrentamiento.—

—¿Estás seguro de esto, Nicholas?— preguntó Riccardo, con el ceño fruncido de preocupación. —Podría ser una trampa.—

—Por supuesto que lo es.— Mi mente repasaba las posibilidades, cada una más siniestra que la anterior. —Pero necesito terminar con esto.—

—Entendido. Lo vigilaré de cerca, me aseguraré de que no te pase nada— dijo.

—Bien. No podemos permitirnos más sorpresas. No ahora.—

Mientras me preparaba para el peligroso encuentro de la noche, reflexioné sobre los riesgos que conllevaba el poder. Era un arma de doble filo, que yo blandía con orgullo y cautela. Este mundo exigía dominio, y yo no iba a quedarme corto.

La tenue luz de la habitación proyectaba un brillo frío y siniestro sobre mi confiable pistola mientras la cargaba con precisión. El peso del arma servía de ancla, afianzando mi determinación para la confrontación que se avecinaba. Deslicé la pistola en su funda, el familiar contacto contra mi cadera me brindaba consuelo y confianza en igual medida.

Luego vino el chaleco antibalas, su áspera tela rozando mi piel mientras ajustaba las correas. Era incómodo, pero la protección adicional podría suponer la diferencia entre la vida y la muerte esta noche. Mientras ajustaba el chaleco por última vez, la gravedad de la situación se cernía sobre mí como un sudario.

—Nicholas— la voz de Riccardo interrumpió mis pensamientos, devolviéndome al presente. —Los demás están listos.—

—Bien.— Mi voz era firme, sin revelar nada de la aprensión que se retorcía en mi interior. Seguí a Riccardo fuera de la habitación hacia el salón principal, donde mis hombres de mayor confianza esperaban.

Sus rostros eran una mezcla de lealtad e inquietud, sus ojos moviéndose como si buscaran

al enemigo invisible entre ellos. Mientras me veían acercarme, podía sentir las preguntas no expresadas flotando en el aire. Era hora de abordarlas directamente.

—Esta noche, nos enfrentaremos a Marco— comencé, mi voz sin dar lugar a discusión. —Tengo razones para creer que ha estado trabajando con Joshua, socavándonos desde dentro.—

Un jadeo colectivo llenó la habitación, la incredulidad grabada en sus rostros. Marco había sido uno de nosotros durante años, y la idea de que traicionara a nuestra familia era inconcebible.

—¿Estás seguro, Nicholas?— preguntó Kevin, su voz áspera vacilando con incertidumbre.

—Sí. Y sus acciones esta noche lo probarán.

Examiné la habitación, cada par de ojos reflejando el peso de mis palabras. Era hora de asignar sus roles para este encuentro fatídico.

—Riccardo, ya conoces tu papel - cuida mis espaldas. Giuseppe, necesito que asegures el perímetro y estés atento a cualquier sorpresa. El resto de vosotros, posicionaos estratégicamente. Debemos estar preparados para todo.

Mientras asentían en señal de comprensión, pude ver la determinación endureciendo sus expresiones. Sabían lo que estaba en juego, y no habría vacilación cuando llegara el momento.

—Recordad—dije, con un tono de voz teñido de finalidad—, somos Romano. Permanecemos unidos y protegemos a los nuestros. Esta noche, Marco pagará el precio por su traición.

Con eso, nos pusimos en marcha en la noche, cada hombre armado y listo para enfrentar al que habíamos considerado un hermano.

Al acercarme al almacén, sentí la tensión en el aire, como un cable vivo a punto de romperse. El paisaje oscuro y desolado se extendía a nuestro alrededor, interrumpido solo por el aullido ocasional de un perro distante. Este era el lugar perfecto para un enfrentamiento.

—Este es el plan —dije, escaneando el área mientras nos acercábamos a la entrada—. Entraré solo. Nadie hace un movimiento a menos que yo dé la señal. Ajusté el chaleco antibalas bajo mi abrigo, sintiendo el peso tranquilizador de mi pistola apoyada contra mi costado.

—Entendido, jefe—respondió Kevin, sin apartar la vista del horizonte. Los demás reconocieron mis órdenes con breves asentimientos, su concentración aguda e inquebrantable.

Empujé la puerta oxidada del almacén. Mientras chirriaba sobre sus bisagras, la oscuridad del interior parecía tragarme por completo. Alcancé el interruptor, inundando el cavernoso espacio con el resplandor duro e implacable de las luces superiores.

—Manteneos alerta—susurré en mi micrófono, mis ojos escaneando las sombras en busca de cualquier señal de movimiento—. No sabemos qué esperar.

Mis hombres, sombras en el almacén tenuemente iluminado, se movían con precisión letal, posicionándose estratégicamente entre las altas pilas de cajas y maquinaria oxidada.

—Riccardo—murmuré en mi micrófono—, ¿alguna actividad afuera?

—Negativo, jefe—llegó la respuesta, su voz baja y áspera—. Todo tranquilo por ahora.

—Bien. Mantén tu posición y mantente alerta.

—Entendido.

Mientras esperábamos, evalué la habitación, memorizando cada detalle. El laberinto de cajas y maquinaria ofrecía amplia cobertura, pero también proporcionaba numerosas rutas de escape. A la izquierda, un conjunto de puertas dobles conducía a un muelle de carga, mientras que una pasarela estrecha en lo alto prometía un punto de observación y una salida adicional. Necesitábamos estar preparados para cualquier eventualidad.

Mi corazón latía con fuerza, la adrenalina corriendo por mis venas como un incendio descontrolado. Podía sentir el peso de la expectativa sobre mí como una capa de plomo; esto no era solo sobre vengar la traición de Marco o asegurar mi imperio; se trataba de afirmar mi dominio sobre aquellos que buscaban socavarme.

—Jefe, ya están aquí—la voz de Riccardo

crepitó en mi oído, devolviéndome a la realidad.

—Entendido. Espera.—

Marco y Joshua entraron en el almacén, sus rostros pálidos y demacrados bajo el duro resplandor de las luces del techo. Los estudié fríamente, mis dedos hormigueaban con el impulso de aferrar la empuñadura de mi arma y ejecutar una rápida retribución.

—Nicholas— saludó Marco, fingiendo calidez. —No esperaba que vinieras realmente solo.—

—Déjate de gilipolleces, Marco— escupí, mi voz destilando desprecio. —Tú tampoco estás solo.—

—Por supuesto— respondió, con un destello de desafío en sus ojos. —Pero discutamos esto como hombres civilizados, ¿de acuerdo?—

—Nicholas, ten cuidado— advirtió Riccardo a través del auricular.

—Bien.— Mi voz era hielo mientras les hacía un gesto para que se sentaran en una caja. —Habla.—

Mientras Marco hablaba, sus palabras tejiendo una red de mentiras y medias verdades, me asombraba la profundidad de su traición. Él había interpretado su papel a la perfección, fingiendo lealtad mientras conspiraba contra mí. Pero ahora la farsa había terminado, y no habría

—Nicholas, por favor— interrumpió Joshua, su voz temblando. —No tuvimos elección. —

—Todos tienen una elección— repliqué, el peso de mis propias decisiones cayendo sobre mí como un sudario de hierro. —Las elecciones nos definen, nos moldean, nos hacen quienes somos.—

—Déjanos explicarte— suplicó Marco, su máscara deslizándose para revelar un destello de desesperación. —Danos una oportunidad de arreglar las cosas.—

—¿Arreglar las cosas?— Solté una risa amarga, sintiendo la tensión envolverme como un nudo corredizo. —¿De verdad crees que puedes arreglar esto, después de todo lo que has hecho? —

—Ahórratelo— espeté, mi mano moviéndose hacia mi arma. —Sabes cómo termina esto. —

—Jefe— susurró Riccardo urgentemente, —tenemos compañía.—

—Ocúpate de ello,— instruí, con mis sentidos agudizados. El aire crepitaba de tensión mientras clavaba la mirada en Marco y Joshua, sabiendo que nuestro baile de engaño estaba a punto de llegar a un sangriento final.

—Muy bien— dijo Marco, recuperando la compostura. —Pero primero, permíteme presentarte a algunos... amigos.—

Como si fuera una señal, un grupo de hombres armados emergió de las sombras, sus intenciones claras mientras los cañones de las armas brillaban en la tenue luz. Mi pulso se aceleró, la adrenalina corriendo por mis venas, mientras me preparaba mentalmente para el derramamiento de sangre inminente.

—¡Riccardo, ahora!— grité, y con esa orden, el caos estalló a nuestro alrededor.

El sabor metálico de la sangre llenó mi boca mientras apretaba los dientes, un agudo

recordatorio de que la confianza no era más que una ilusión fugaz. El aire crepitaba de tensión mientras los secuaces de Joshua y Marco avanzaban, sus rostros retorcidos en muecas amenazantes. Riccardo y los demás tomaron posiciones a mi alrededor,

cada uno mostrando la lealtad que pensé que Marco me había dado.

—Nunca pensé que caerías tan bajo, Marco —espeté, mi voz destilando desprecio—. Pero debí haberlo sabido.

—Ahórrate tus palabras vacías, Nicholas —replicó, con ojos fríos e implacables—. Nunca te importó nadie más que tú mismo.

—Iría hasta el fin del mundo por cualquier soldado leal de los Romano, pero no tengo nada para un traidor.

Sonaron disparos. Me agaché detrás de una pila de cajas, sintiendo una lluvia de astillas contra mi espalda mientras las balas atravesaban la madera. Mi corazón latía con fuerza, un ritmo primitivo que me impulsaba hacia adelante. Calculando cada movimiento, me lancé en busca de cobertura, eliminando enemigos uno por uno con eficiencia despiadada.

—¡Riccardo, flanquéalos por la izquierda! —ladré, sabiendo que sus agudos instintos harían un trabajo rápido con nuestros adversarios.

—¡Entendido, jefe! —gritó en respuesta, su voz tensa pero decidida.

Con cada apretón del gatillo, sentía el peso de la responsabilidad presionándome: la necesidad de proteger a mi familia, mi imperio, la gente que dependía de mí. Los hombres que se atrevieron a traicionarme caían como muñecos de trapo, sus cuerpos sin vida testimonio de mi resolución inquebrantable.

Cuando el último de los secuaces de Marco se desplomó en el suelo, un silencio momentáneo se apoderó del almacén. Podía sentir las miradas de mis hombres sobre mí, su admiración mezclada con un respeto silencioso.

—¿Están todos bien? —pregunté, escaneando los rostros de mis soldados de confianza—. ¿Algún herido?

—Nada que no podamos manejar, jefe —respondió Riccardo, sus ojos pasando sobre los adversarios caídos con una mezcla de asco y lástima.

—Bien —dije, mi mirada fijándose una vez más en Marco y Joshua. El destello de satisfacción en sus ojos se había desvanecido, reemplazado por un atisbo de incertidumbre que pretendía explotar.

—¿De verdad creíste que tu patético intento sería suficiente para derribarme? —pregunté, el hielo en mi voz ocultando el fuego interior—. No tienes idea de con quién estás tratando.

—Nicholas, por favor —gimoteó Joshua, pero lo silencié con una mirada implacable.

—Ahorra tu aliento. Has tomado tu decisión, y ahora enfrentarás las consecuencias.

En el almacén tenuemente iluminado, Marco estaba acorralado, el sudor brillaba en su frente arrugada. Derrotado, levantó las manos en señal de rendición, sus ojos suplicando piedad. Joshua estaba cerca, su rostro pálido de miedo, incapaz de ocultar su temor.

—Nicholas —croó Marco, su voz apenas audible—. Estaba trabajando para Antonio Bianchi. Él me obligó a hacerlo.

—¿En serio? —pregunté, mi tono goteando sarcasmo—. ¿Y ahora que tu pequeño plan ha fallado, esperas que crea que de repente estás listo para serme leal?

—Nicholas, por favor —imploró Marco, la desesperación filtrándose en su voz—. Nunca quise esto. Antonio me prometió poder y riqueza, pero ahora veo que solo me está usando como un peón.

—Patético —escupí, mi desdén por este hombre miserable creciendo con cada momento

que pasaba—.

Incluso ahora, te aferras a tus mentiras sin valor, esperando que te salven.

—Por favor, Nicholas —interrumpió Joshua, con voz temblorosa—. Danos la oportunidad de demostrarte nuestra lealtad.

—¡Silencio! —ladré, con la rabia desbordándose—. Ambos han demostrado no ser más que serpientes traicioneras, indignas de mi confianza o misericordia.

Mientras miraba sus ojos llenos de pánico, sentí que una calma helada se apoderaba de mí. El momento de hablar había pasado. Sus destinos estaban sellados, y no habría redención por su traición.

—Adiós, Marco —dije fríamente, levantando mi arma hacia él—. Que encuentres en la muerte la paz que no pudiste hallar en vida.

Con un solo disparo, Marco se desplomó en el suelo, la sangre brotando de su cabeza como una flor grotesca. Su cuerpo sin vida golpeó el suelo con un ruido sordo y repugnante, un testimonio de la finalidad de sus acciones.

—Nicholas, por favor —sollozó Joshua, pero yo no tenía paciencia para sus lamentables súplicas. Había tomado su decisión, y ahora pagaría el precio.

—Adiós, Joshua —susurré, mi voz desprovista de emoción mientras apuntaba mi arma a su cabeza.

Otro disparo resonó, y el cuerpo de Joshua se desplomó junto al de Marco, su sangre mezclándose en una unión macabra. El almacén resonó con el silencio ensordecedor que siguió, el peso de mis acciones asentándose pesadamente sobre mí.

Sabía que sus muertes eran necesarias, un brutal recordatorio para aquellos que se atrevieran a desafiar mi dominio. Pero incluso mientras me regodeaba en el poder que ejercía, una parte de mí no podía evitar lamentar la pérdida de los hombres que solían ser, antes de que la codicia y la ambición los consumieran, dejando nada más que cáscaras vacías a su paso.

—Que esto sea una lección —dije a mis hombres, con voz firme y resuelta—. La lealtad lo es todo. La traición nunca será tolerada.

El lejano aullido de las sirenas de policía cortó el pesado silencio del almacén, una advertencia de que nuestro tiempo se agotaba. Miré a mis hombres, sus rostros tensos y alerta, y asentí bruscamente.

—Vámonos —ordené, con voz firme e inflexible—. Tenemos que salir de aquí antes de que esas sirenas nos alcancen.

Mis hombres entraron en acción, recogiendo rápidamente sus armas y siguiéndome mientras los guiaba hacia la salida.

Mientras conducíamos serenamente por las calles desiertas, con el imponente perfil de la ciudad alzándose sobre nosotros como un presagio de fatalidad, sabía que habíamos cruzado una línea de la que no habría retorno. El mundo había visto esta noche el verdadero alcance de mi poder, y sabía que tendría que abrazarlo, o arriesgarme a perderlo todo.

—Antonio Bianchi pagará por lo que ha hecho —juré en voz baja, apretando el volante hasta que mis nudillos se tornaron blancos—. Me aseguraré de ello.

—Maldita sea que sí, Jefe —asintió Riccardo, su voz llena de una feroz determinación que reflejaba la mía—. Le enviaremos un mensaje que no olvidará pronto.

Mientras las sirenas se desvanecían en la distancia, sus lamentos tragados por la noche, me pregunté si esto era realmente el final, o simplemente el comienzo de algo mucho más siniestro. En este oscuro mundo de traición y derramamiento de sangre, solo una cosa era cierta: no habría piedad para aquellos que se atrevieran a desafiarme, y no me detendría hasta derrocar a

Antonio Bianchi.

La historia concluye en Pasión Secreta.